

LA HISTORIA DE JAVIER Y SILVANO

~: ለጥንት ስለሆነው ስለሆነው ስለሆነው :-

I QUENTA VINYACARDO AR TAUREMARDO

~: ስለሆነው ስለሆነው ስለሆነው :-

JAVIER ROJAS

.. ስለሆነው ስለሆነው ..

e-mail: jjrojaspy@yahoo.es

15 de diciembre de 2003

.. ስለሆነው ስለሆነው ስለሆነው ..

ዘለጥበ ዘላ ቶብ ርእሰጥብ ዩዝ ቶላላ ርዘቆይሃላላ ሃብደክጥ ፣ ለገደባሃ

JAVIER ROJAS

LA HISTORIA DE JAVIER Y SILVANO

I QUENTA VINYACARDO AR TAUREMARDO

ገዢ ደገዘጥላሃ ስሃጥባሃ ስሃ ቶላላ ደላላገዘላ ፣ ስርገጥ ስሃ ሃጃዘላጥላላ ሃላጥባሃ

La Historia de Javier y Silvano, versión 1.0. © 2003, Javier J. Rojas P. Este documento ha sido elaborado enteramente a través del sistema de preparación de documentos $\text{\LaTeX} 2_{\epsilon}$.

Prefacio.

Acerca de la historia.

“La Historia de Javier y Silvano”, o “I Quenta Vinyacardo ar Tauremardo”, es una historia de porte épico que se desarrolla en la Tierra Media, un continente ficticio enmarcado en la mitología creada por el profesor, filólogo y autor J. R. R. Tolkien, mejor conocido por su obra maestra “El Señor de los Anillos”. Como es usual en este tipo de historias, la trama gira entorno a la interminable lucha del bien contra el mal, representada en la entera confrontación entre los *elfos* y las *criaturas de la oscuridad*: orcos, trolls, dragones, licántropos, demonios, tarántulas gigantes, etc. Más específicamente, la historia trata acerca de Vinyacardo y Tauremardo, es decir, Javier y Silvano, dos hermanos elfos que viven en la Tierra Media y que pasan por un sinfín de aventuras y desventuras en el *amargo y afanoso* transcurrir de aquello que solemos llamar *vida*...

En general, los admiradores de la obra de Tolkien escriben cuentos basados en los personajes creados por dicho autor. Así por ejemplo, es común encontrar pequeñas historias en la Internet en las que participan Frodo, Sam, Merry y Pippin, los cuatro hobbits de “El Señor de los Anillos”; o pudiera tratarse de una historia acerca de Fëanor, un elfo que aparece en los relatos recogidos en “El Silmarillion”. No obstante, no estoy diciendo con esto que sea imposible escribir otro tipo de historia en la que no figuren estos personajes, o que por lo menos, éstos no figuren como los personajes principales. En el caso particular de “La Historia de Javier y Silvano”, los personajes son *elfos grises* (**sindeldi**) y *elfos oscuros* (**moriquendi**) que viven en la Tierra Media, además de unos personajes malvados que he denominado *medio orcos*; sin embargo, la historia es, en su totalidad, producto de mi imaginación, en tanto que la mitología de Tolkien la he utilizado aquí a manera de *antecedente*, o más bien *fundamento*, incluyendo las famosas *lenguas élficas*.

Para mí, uno de los aspectos fundamentales, o más bien el más llamativo, de esta historia es la utilización de las lenguas élficas, específicamente el *quenya* y el *sindarin*, que he venido estudiando desde hace varios meses, permitiéndome confeccionar algunas frases relativamente extensas, así como elegir *nombres propios* para cada uno de los personajes, como podrá observar el lector en unos apéndices que he incluido como parte del texto (véanse, al

final del texto, las secciones *I Quenta Ession: La Historia de los Nombres* e *I Quettar Eldarinen: Las Palabras en Élfico*). Para explicar un poco, el *quenya* es una lengua declinable, inspirada en el latín, entre otros lenguajes antiguos; mientras que el *sindarin* es una lengua de estilo *celta*, como el gaélico y el anglosajón. Sin embargo, quisiera resaltar que no soy un experto en lenguas élficas y que, por lo tanto, mis traducciones no son 100 % infalibles, salvo algunas frasesitas que he tomado prestadas de “El Señor de los Anillos”. En este sentido quisiera agradecer de manera especial a Helge Fauskanger, Ales Bican y David Salo por sus excelentes páginas *web* y artículos sobre lenguas élficas, que se han convertido en la materia prima de mis estudios lingüísticos.

Por último, quisiera agradecer genuinamente a José Manuel Acosta España por haber tenido la paciencia y la buena voluntad de revisar el texto original y propocionarme sus sabios consejos.

La cuestión de los *derechos de autor*.

Después de haber considerado algunos aspectos resaltantes de la historia, es necesario abordar en este momento un asunto de igual o mayor importancia: *la cuestión de los derechos de autor*. ¿Por qué es importante considerar esto? Primero, porque esta historia es el resultado de semanas de esfuerzo y dedicación, y no me agradaría en lo absoluto, que alguien me copiara deslealmente; Segundo, pero no menos importante, porque esta historia esta basada en una obra literaria *legalmente registrada* y cuyo autor esta perfectamente identificado. Es por ello que hago la siguiente declaración:

Cualquier referencia o mención, en esta historia, de cualesquiera elementos de “El Hobbit”, “El Señor de los Anillos” y “El Silmarillion”, lo cual, evidentemente, incluye las lenguas élficas, se lleva a cabo reconociendo que tales elementos son parte de la mitología creada por el profesor J. R. R. Tolkien, y que a su vez se encuentran resguardados por el ente jurídico conocido como *The Tolkien Estate*, siendo Christopher Tolkien su ejecutor principal. Por lo tanto, queda terminantemente prohibida la reproducción y redistribución de este documento, excepto para el uso privado de uno o más individuos, como por ejemplo, grupos culturales.

En este punto, me siento obligado a advertir, por un lado, que no soy abogado ni nada por el estilo y que, por lo tanto, no estoy empapado de la jerga legal apropiada en lo concerniente a derechos de autor y marcas registradas, por decirlo de alguna manera; por otro lado, el sentido común me mueve a expresar lo que para mí es correcto en este sentido. No obstante, más que el sentido común, todo lo que he declarado aquí responde al afecto, admiración y profundo respeto que siento hacia el profesor J. R. R. Tolkien y su obra. Ahora bien, dado que desconozco de la existencia de algún tipo de licencia que avale la publicación de este tipo de historia, por ejemplo, en la Internet, me tomo la libertad de proporcionar una propia; sin embargo, más que una licencia, yo diría que se trata de un juramento o letanía:

He aquí que con esfuerzo y dedicación os regalo esta historia para que os sirva de regocijo, y para que vuestros ojos y vuestros corazones se deleiten en su lectura. Os doy la libertad de darlo a todo aquel en quien vuestro corazón se complazca. Pero si la avaricia oscurece vuestros sentidos, y la codicia nubla vuestros corazones de manera que estas palabras efectivamente resulten ser causa de burla para vuestros ojos; y si en verdad vosotros tomáis esta historia de manera indigna, y la cambiáis por oro o por plata, para mancillarla y hacer de ella causa de burla, entonces tiene que suceder que el juicio recaiga sobre vosotros, y que vuestros días sean sin Sol y sin Luna, y que vuestras recompensas sean en verdad la angustia y el dolor, la agonía y el desconsuelo; y vuestro destino será vivir en un profundo abismo de densas tinieblas por todas las edades que el Mundo dure hasta el fin.

~ : ∴ : ~

Dedicatoria.

*Para un buen amigo y excelente soldado, que me ha acompañado a las
Grandes Guerras, además de un prodigioso calculista, geómetra y
algebrista: Luis A. Díaz B.*

I Quenta Vinyacardo ar Tauremardo.



El invierno estaba pronto a comenzar. Las mañanas eran frías y grises, llenas de silencio y soledad, de tristeza y numerosos recuerdos de temporadas más alegres y alentadoras cuando las dulces melodías de los canarios y los petirrojos, los vientos cálidos de primavera y la suave fragancia de las flores, iluminaban y llenaban de esperanza los ojos de los Hijos de Ilúvatar que miraban el Ancho Mundo que se extendía frente a ellos. Los animales no salían de sus escondites sino hasta el mediodía cuando la temperatura era mejor y algunos rayos de sol se dejaban colar a través de la espesa masa de nubes para calentar la tierra, llenándola otra vez de vida y vigor aunque fuera por unos breves instantes. Los árboles desnudos, sin una sola hoja que los cubriera, se levantaban altos e imponentes como los pilares de un antiguo palacio en ruinas, desgastado y corroído por las largas edades que habían pasado sobre él.

La tierra había cambiado considerablemente desde los días en los que la sangre de los grandes reyes de antaño aún corría por las venas de los hombres; hombres cuya estatura y fuerza recordaban la gloria de Númenor. Ahora los hombres vivían poco: tan sólo unos 70 u 80 años y nada más, yendo de aquí para allá sin tener interés alguno en la justicia y en las buenas obras. Lo único que podía acabar con el letargo de sus corazones era el oro y la plata que los impelía a hacer lo que fuera para obtenerlos. En verdad, ya no quedaba luz sobre la tierra que lograra iluminar los corazones de los hombres salvo, quizá, por el destello fugaz de una estirpe olvidada, convertida en leyenda, que vagaba por los senderos de la memoria de los más viejos, así como la tierra en la cual residieron alguna vez, ya que el recuerdo de Gondor y sus reyes permanecía inmaculado en los pensamientos de los eruditos y los estudiosos, y de todos aquellos que anhelaban vivir en otro lugar y en otra época donde la existencia fuera más llevadera y menos afanosa.

Ya no quedaban elfos sobre la Tierra Media, salvo algunos de los elfos grises que jamás partieron hacia el Oeste, y pequeños grupos aislados de elfos oscuros que habían permanecido en el anonimato durante siglos, viviendo en minas abandonadas a la manera de los enanos. Ahora, más que en cualquier

otra época, sentían que el mundo era demasiado pequeño para darles refugio, para ofrecerles un lugar tranquilo y seguro en el que pudieran morar en tanto el tiempo y las circunstancias fueran favorables, o al menos, soportables; sin embargo, la Tierra Media continuaba siendo un hogar para ellos, como lo fue para los Primeros Nacidos que observaron las estrellas desde las Aguas del Despertar, mucho antes de que los Poderes del Oeste vinieran a buscarlos. En tanto que los hombres ocupaban cada vez más espacio, y muchas de las criaturas que alguna vez habían visto la luz habitaban ahora en la oscuridad o en las gélidas tinieblas de la inexistencia, aún quedaba un sitio en el mundo que los elfos consideraban su hogar: ahora todos ellos habitaban en las tierras que otrora pertenecieran a los medianos, aquel lugar que en el antiguo Reino del Norte solía llamarse La Comarca. Todos estaban reunidos en una sola comunidad: elfos grises y elfos oscuros, viviendo bajo las mismas reglas y las mismas costumbres. Todos compartían la misma lengua, hablando siempre las mismas palabras los unos con los otros, aunque algunas familias, en especial las de elfos grises, conservaban la lengua de su propio linaje tal y como se le recordaba desde los días de la tierra de Beleriand. Aún otros más, versados en las tradiciones de la antigüedad, conocían la lengua de Más Allá del Mar, atesorándola como la posesión más preciada de todas; como la gema más preciosa y agraciada entre las joyas más hermosas de la tierra. Este era el caso de un elfo gris llamado Vinyacardo Anardil, Amigo del Sol, hijo de Elenë, Doncella de las Estrellas, y de Eruantano, señor de los elfos grises y príncipe entre los elfos oscuros. Éste (Vinyacardo) tenía un hermano menor: Tauremardo, al que llamaban Aldarendur, El que Ama a los Árboles.

—Anardil, ¿en dónde te has metido hijo mío? Ya he servido el almuerzo. Ven pronto antes de que se enfríe —dijo Elenë desde el umbral de la puerta de la casa.

—Aquí estoy *ammë*; aquí —respondió una voz en un tono familiar y cariñoso.

—¿Dónde, exactamente, es *aquí* Anardil? —preguntó Elenë con voz queda—. Te puedo escuchar hijo mío, pero no te puedo ver.

—Mira hacia arriba.

Elenë comenzó a escudriñar todo a su alrededor en busca de Anardil. Primero observó el gran muro gris que rodeaba el jardín, y luego, el techo del vecino. Finalmente, se le ocurrió mirar encima del cedro que estaba justo frente a ella. —¡Anardil, *ionya*! ¿Qué haces encaramado ahí arriba? Tú no trepas un árbol desde tu niñez, y hay que ver que tú pasaste la infancia hace

largo tiempo —pues Anardil estaba apunto de cumplir los 423 años de edad el cuarto día del mes de Narquelië¹—. En verdad no sé que decir a esto, pero desde que tu esposa salió de viaje con la caravanas hacia las tierras de sus padres, has estado diferente: te comportas como si fueras alguien más —dijo consternada la madre de Anardil.

—Disculpa que te haya asustado así *ammë* —respondió Anardil enseguida en un tono tranquilizador—, pero sucede que dos pichoncitos se han caído de su nido y los estoy devolviendo a su madre. —Después de decir esto, Anardil colocó con mucha delicadeza a los dos pajaritos de vuelta en el nido y le susurró algo a la madre en una lengua rudimentaria muy parecida a la de los árboles. Ella aleteo alegremente y comenzó a trinar una hermosa canción en agradecimiento.

—¡Ah Siempre Blanca, protégeme! —exclamó Elenë atónita, alzando las manos en dirección a su hijo—. ¿Desde cuándo te convertiste en protector de los bosques y de lo que hay en ellos? ¡Ni tu hermano Aldarendur ha hecho algo así en su vida! Y eso que él afirma ser amante de la naturaleza y fiel seguidor de Cementári, la Reina de la Tierra. Preferiría que continuaras dedicándote a la observación de las estrellas, de Isil y de Anar², como siempre lo has hecho. Comprendo que es menos emocionante claro, pero también menos peligroso, si entiendes lo que te quiero decir hijo mío.

En eso, Anardil bajó del cedro y se sacudió la ropa vigorosamente con las manos, hasta quitar al último de los insectos que tenía adheridos a su vestidura. —Vamos animalitos, pequeños traviesos, ya basta de estar encima de mí. Vuelvan ahora a su casa sobre el árbol, adonde realmente pertenecen— dijo. Entonces Anardil caminó tranquila y sosegadamente hacia su madre con una sonrisa en el rostro, y una vez que estuvieron frente a frente, él extendió las manos y la tomó por los hombros y le dijo: —Querida madre: el Mundo y todo lo que hay en él ha cambiado durante largas e innumerables edades, mucho antes de que yo naciera, ya fuera para bien o para mal, o por el bien o por el mal. En ese caso querida madre, ¿por qué yo no puedo cambiar también? Por supuesto que seguiré observando las estrellas y la Luna y el Sol en busca de todos los maravillosos secretos que Menel³ encierra, pero también he vuelto mi corazón y mis pensamientos hacia la Tierra, en donde he vivido por tantos años: creo que después de tanto tiempo, he tenido el deseo de

¹Narquelië corresponde al mes de octubre en el calendario élfico.

²Isil es La Luna y Anar es El Sol.

³Menel es El Cielo.

conocerla mejor.

Elenë fue incapaz de encontrar palabras apropiadas para responderle a su hijo. Solo se limitó a mirar en silencio a Anardil por unos instantes hasta que finalmente suspiró y se encogió de hombros. Luego, miró cariñosamente a su hijo otra vez y le dijo: —Sé que el Mundo ha cambiando hijo mío, aún más de lo debido. Ya no sé que pensar: si seguiremos en esta tierra o si tendremos que marchar de nuevo como lo hicieron los antepasados de nuestros antepasados. Lo único que en realidad sé, es que tú eres maravilloso Anardil; que no existe criatura sobre la Tierra que sea tan especial como tú lo eres. Porque tú has sido bendecido abundantemente por todos los Señores del Oeste, aun por el Único, el Padre de Todas las Cosas. Has llegado a ser alguien muy especial para mí y para todos aquellos que te conocen, te aprecian y te aman. Eres en verdad alguien hermoso, por dentro y por fuera, hijo mío; no obstante, ni todo el oro, ni toda la plata ni todas las joyas que hay en el mundo alcanzarían para cubrir el precio de tan valioso y extraordinario tesoro.

Ahora era Anardil el que no tenía idea de qué hacer o decir frente a todo aquello que su madre le había dicho. Hubo un profundo silencio entre los dos, salvo por las palabras que los ojos de ambos, de Elenë y de Anardil, se decían en secreto, como si tuvieran algún tipo de lenguaje propio, oculto, entre ellos, largamente hablado desde tiempos ya olvidados.

—Amada esposa y querido Vinyacardo hijo mío —exclamó una voz amable, pero a su vez grave y retumbante, desde el interior de la casa, que interrumpió aquel momento solemne—. Mis bienamados, ¿por qué continúan parados allí dejándose llevar por los designios de sus corazones? ¡Vengan, acompañenme ahora a la mesa! La comida se enfría. Miren que no existe cosa más desagradable que desperdiciar una buena comida.

—No sabía que estuvieras aquí *atto* —dijo Anardil emocionado—. No te vi llegar.

—Llegué muy temprano en la madrugada, mientras tu hermano y tú aún dormían —respondió Eruantano su padre—. La cacería no fue del todo buena —dijo decepcionado—; no fue lo que esperábamos. Desde hace algunos años los inviernos se han hecho cada vez más crudos e inmisericordes, como si odiaran a los hombres y a los elfos. La gran mayoría de los animales se han ido al sur donde hay más alimento, y lugares más cómodos y acogedores para vivir. Tan sólo pudimos encontrar algunas liebres pequeñas y unos cuantos cervatillos.

—¡Sí! La naturaleza ya no nos quiere; ya no nos protege ni resguarda: la Dama Yavanna se ha olvidado de nosotros —dijo Aldarendur airado alzando la voz—. Solo nos quita lo poco que tenemos para sobrevivir en esta tierra miserable, llena de gente miserable y tonta destinada a la destrucción total.

—¡Esto es increíble! No puedo creer que mi propio hermano, que desde que lo conozco no ha hecho otra cosa sino amar la naturaleza y vivir por ella, esté pronunciando tan terribles palabras —exclamó Anardil asombrado ante la repentina mala actitud de su hermano—. ¿Qué te sucede?, ¿te has vuelto loco?

—Loco no Anardil; loco no —respondió Aldarendur con un dejo de hostilidad—; más bien me he vuelto realista. ¿No te has dado cuenta que hemos sido abandonados en esta tierra mortal, llena de enfermedades y de maldad? Desde que terminaron las grandes guerras, y los Exiliados volvieron a las Tierras Imperecederas, parece que los Valar se han olvidado de nosotros: ya no nos protegen ni nos socorren. ¡Claro! —exclamó sarcásticamente mientras meneaba la cabeza y sacudía las manos en señal de burla—, a los Valar lo único que les importa es hacer guerras que ellos mismos no luchan. Solo se sientan en sus tronos dorados y pulidos, y observan como los humanos y los elfos, y cualquier otra criatura que haya existido o exista, derraman su sangre mientras ellos dialogan sosegadamente en sus recintos sagrados sin recibir un solo rasguño. —Entonces Aldarendur se levantó de repente y con estrépito, y después de dar un fuerte golpe sobre la mesa, se retiró a su habitación al fondo de la casa.

—Ay Aldarendur hijo mío, a pesar de tus años, sigues teniendo el corazón de un muchachito: impulsivo e indomable —dijo Eruantano escondiendo el rostro detrás de sus manos—. Aún continúas pensando que el amor es una propiedad que se adquiere; qué equivocado estás al pensar que el corazón de una mujer se gana de la noche a la mañana.

—¿Amor? ¿El corazón de una mujer? No entiendo. ¿De qué estás hablando *atarinya*? —preguntó Anardil—. ¿Qué tiene que ver el amor con todo esto?

—*¡Ai ionya!* —exclamó Elenë mientras se reía para sus adentros—, tu querido hermano ha estado enamorado durante mucho tiempo de la hija de Moriehto el elfo oscuro, y al parecer ella no siente lo mismo por él. Supongo que tú mismo actuarías así si la mujer que está en tu corazón te dijera que tú no estás en el de ella.

—¡Ah, Nessimë! Pero por supuesto —respondió Anardil dejando salir una carcajada—; cómo no me lo imaginé. En realidad yo no creo que sea como tú dices *ammë* —Anardil apoyaba la barbilla sobre la mano derecha, y fruncía el ceño como acostumbraba hacerlo cuando meditaba acerca de algún asunto—. Pienso más bien que Nessimë sí ama a mi hermano, pero teme que después de un tiempo el deje de amarla y sea nuevamente seducido por la naturaleza y el cantar de los árboles; no es la primera vez que pasa... pobre de Failë —farfulló entre dientes—. Además, ella tan sólo tiene 53 años; yo en su lugar también me asustaría si alguien de 147 años me dijera de un día para el otro que me ama y que quiere estar conmigo para siempre. Lo que no logro entender del todo, es qué tienen que ver los Valar y las guerras de antaño con esto: es el pretexto más estúpido que he escuchado en todos mis días. Ahora sí creo que Aldarendur se ha vuelto loco —concluyó.

—¡Pues he aquí que Vinyacardo no parece recordar los días de su mocedad!, cuando se pasaba despierto noches enteras esperando que llegara el día del mes en el que tomara sus pertrechos y montara su caballo para visitar a su amada aunque tuviese que viajar por tres o cuatro días, aun sin alimento —dijo Elenë observando fijamente a Anardil que estaba frente a ella, clavándole una mirada aguda y ponzoñosa en los ojos—; cuando salía corriendo al camino principal para alcanzar al mensajero en busca de una carta de su adorada, y que regresaba llorando como un niño al no hallar una; cuando sus ojos se iluminaban, y su corazón saltaba y se alegraba, al ver la figura de aquella hermosa mujer vestida de lino fino y blanco, engalanada con plata y diamante, caminando hacia él.

Y así continuó Elenë hasta que Anardil se sonrojó lo suficiente y comenzó a reírse sin control por causa de los nervios que, con su mirada encendida como el fuego y sus palabras, le produjo su madre. Por fin, después de tomar varias bocanadas de aire bien profundas, Anardil recobró la calma y haló una silla para sentarse a comer. No obstante, cuando estaba apunto de tomar el primer bocado, tuvo la impresión de que un extraño y sombrío silencio se levantaba en toda la estancia, y que la mirada acusadora de su padre y de su madre se posaban ahora sobre él.

—Creo que he cometido un grave error al hablar así de mi hermano, de mi propia carne, de mi propia sangre. Iré a buscarlo para que coma con nosotros —dijo. Sus padres sonrieron de inmediato. Anardil se incorporó nuevamente y se dirigió por un amplio pasillo que conducía a la habitación de Aldarendur; no obstante, se detuvo y se volvió para ver a sus padres. —No vayan a

comenzar sin nosotros: espérennos por favor —dijo Anardil señalando a sus padres mientras que levantaba una ceja y una pequeña sonrisa se esbozaba en su rostro.

¡Á lasta nin toroninya! —exclamó Anardil una vez frente a la puerta de la habitación de su hermano—. Ven Aldarendur, come con nosotros; no te quedes encerrado en tu cuarto: no te hará bien. —Entonces Anardil se apoyó sobre la puerta y comenzó a hablar como si lo hiciera para sí mismo: —No es bueno quedarse solo y sumirse en los pensamientos: estos podrían acabar con la poca alegría que aún te conserva con vida y hundirte en la más densa de todas las oscuridades. A veces, las cosas que no deseas son las que tienes, y las que anhelas con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu mente, son las que no tienes. De hecho, son las que jamás tendrás. En realidad, son las más difíciles de alcanzar y de obtener, si acaso el Cielo así te lo permite. Más aún, mi amado hermano, si se trata del amor de una mujer—. No hubo respuesta alguna, sólo silencio. Anardil se enderezó otra vez y prestó atención durante un rato. Se escucharon unos pasos dentro de la habitación, pasos que se hacían cada vez más numerosos y más rápidos. Al instante, se escuchó un grito.

—¿Qué puedes saber tú Anardil? A ti te fue muy sencillo conquistar el corazón de Arwen Tyelperinë: ella siempre te amó. —Respondió Aldarendur todo irritado desde el interior de su habitación—. Ella siempre a visto el mundo a través de tus ojos; siempre a sentido lo que tú has sentido; siempre su corazón ha latido al unísono junto al tuyo.

—A veces las apariencias engañan mi amado hermano, en especial cuando crees que las cosas, que tú consideras más hermosas, brillan con luz propia como un Silmaril —respondió Anardil con una voz grave y sombría que se iba entristeciendo y apagando con cada palabra que pronunciaba—. Mi amor por Arwen a existido desde que la vi por primera vez cuando yo era tan sólo un niño de siete años de edad. Por más de 100 años tuve que sentarme a observarla andar de la mano con otros pretendientes que, a fin de cuentas, siempre terminaron decepcionándola y humillándola; ¡hiriéndola!, como si se tratase de una roca que no siente ni padece. Era insoportable no tenerla junto a mí, no poder tomar su manos entre las mías, no poder besar sus labios. Hasta que un día vi en sus ojos un indicio de esperanza, una chispa diminuta apunto de extinguirse; una chispa que se convirtió en un resplandor puro y brillante; un resplandor que llenó mi corazón. —Anardil no dijo más por algunos instantes. Luego suspiró y empezó a hablar otra vez: —Desde

entonces mi felicidad ha sido plena, a pesar de la creciente oscuridad que cubre otra vez a la Tierra Media. Por eso te digo, hermano mío, mi querido Aldarendur, que no te precipites y cedas ante la desesperación que hay en tu corazón: Nessimë también te ama; sólo dale un poco de tiempo y espacio. Acércate a ella lentamente y con delicadeza. Ella es como una flor, y tú, Aldarendur, sabes mucho acerca de flores. Vamos, sal de allí y acompáñanos a la mesa; recuerda lo que siempre dice nuestro padre: “no existe cosa más desagradable que desperdiciar una buena comida”.

Una vez más se produjo un oscuro y lóbrego silencio que instantes después fue interrumpido por el agudo chirrido de la puerta de la habitación que se abría lentamente. Aldarendur asomó la cara con cautela y se encontró de frente con la de su hermano, que lo miraba con ojos agudos y profundos pero a la vez bondadosos, como tratando de escrutar sus pensamientos. Después salió por completo de su cuarto y se detuvo justo en el umbral con la cabeza gacha. Por fin, Aldarendur levantó el rostro y una lágrima corrió por su mejilla; de inmediato se dio media vuelta y, sin pronunciar palabra alguna, se dirigió de nuevo al comedor.

Anardil se quedó atrás pensando por un momento y de pronto comenzó a caminar. Ni un instante dejó de mirar a su hermano que iba adelante como a unos diez pasos de distancia y de inmediato pensó: —Las historias se repiten una y otra vez. No, esto no es cierto; o sí, sí lo es —se dijo a sí mismo—. Bueno, en realidad no tengo certeza de sí las historias se repiten o no una y otra vez. Hace tantos años que yo caminé por este mismo pasillo creyendo que jamás conocería el amor verdadero. En realidad mis pies me han llevado a través de numerosos senderos, a través de numerosos caminos, aventuras y desventuras. Me pregunto si alguna vez estos pies míos me conducirán al mar. ¡Ah el mar, el mar! En verdad me pregunto, si alguna vez, por voluntad de Ilúvatar, este largo y fatigoso andar que me lleva como un prisionero a través de la interminable extensión de Arda terminará alguna vez. En fin, soy un elfo, y mi destino es vivir durante todas las edades del Mundo mientras dure. Creo que lo que en realidad desearía saber es si quiero vivir para siempre —concluyó.

Anardil y Aldarendur llegaron finalmente a la mesa y se sentaron. Todos sin excepción empezaron a hablar y a contar historias, a sonreír y a cantar, como solían hacerlo en días más venturosos, llenos de alegría y esperanza, antes que la oscuridad creciera de nuevo sobre la tierra. Al cabo de un rato, no quedó alimento sobre la mesa: todo había sido consumido. Y no era para

menos, ya que Elenë era conocida por sus prodigiosos preparados: era tal su habilidad en la cocina, que aun con unos pocos ingredientes, ella podía preparar un sabroso festín, digno de un cocinero mediano. Elenë fue la primera en levantarse de la mesa para comenzar a limpiar; no obstante, antes que pudiera agarrar el primer plato, Eruantano, Anardil y Aldarendur ya habían recogido todo lo que había sobre la mesa: platos, tazas, vasos, tenedores, cuchillos, cucharillas, etc., y se pusieron a limpiar ellos mismos. Poco después, cuando todo ya estaba perfectamente limpio y en orden, todos salieron al jardín de la casa y se pusieron a conversar hasta que la noche cayó, prácticamente hasta la hora de la cena.

El cielo se mantuvo claro y despejado durante todo el día, incluso soplaron algunos vientos más cálidos que de costumbre, y el atardecer fue realmente hermoso: un sol dorado, grande y redondo se ocultó lentamente en lontananza, hasta que desapareció por completo tras las montañas, cediendo su lugar a la luna y a las estrellas, más brillantes y esplendorosas que en otras noches en esa misma época del año. En ese instante Anardil lloró, como acostumbraba hacerlo desde que era un niño, porque su amigo Sol se había marchado a dormir. “*¡Ai Namárië, namárië meldo Anar! Encenuvanyel i vinya auressë*” solía cantar desde pequeño a esa misma hora. Elenë entró de nuevo a la casa para calentar algunos panecillos y preparar té de hierbas y ensalada de frutas; Anardil fue por algunas velas. Poco después los dos regresaron: Anardil con cuatro velas de cera azul, que despedían llamas grises que no se apagaban con el viento; y Elenë, con una enorme bandeja surtida con toda suerte de panecillos y galletas, frutas y cuatro generosas tasas de té de jazmín endulzadas con miel. La conversación continuó hasta bien entrada la noche, asimismo las historias, los cuentos, las leyendas y las canciones. Finalmente, el primero en mostrar señales de fatiga fue Eruantano, que bostezó abriendo ampliamente la boca. Al instante dijo: —Bueno bueno mis bienamados, creo que el día de hoy a sido excepcionalmente distinto a los demás que hemos tenido en los últimos años, pero también es cierto que la noche será igual a todas las demás mis queridos, pues creo que finalmente ha llegado la hora de que todos vayamos a descansar. Mañana con seguridad habrá trabajo que realizar —concluyó.

—No te preocupes por lo qué ha de venir mañana, *atarinya*. Ya es suficiente con lo qué cada día trae consigo —replicó Anardil.

Todos entraron a la casa y aseguraron puertas y ventanas. Anardil y su hermano se dirigieron a sus respectivas habitaciones, mientras que Eruantano

y su amada Elenë se fueron a la suya. El sueño los tomó a todos por sorpresa como si se tratara de una emboscada, y de inmediato todos se quedaron dormidos. Sin embargo, la suerte de Anardil fue diferente a la de los demás.

Anardil cayó en un sinfín de sueños sombríos e inquietos que no le permitieron dormir a sus anchas. A cada instante despertaba todo agitado, mirando de un lado para el otro en su habitación como en busca de algo o de alguien. A veces se ponía de pie, y caminaba por todo su cuarto cantando lo primero que se le ocurriera hasta que por fin el sueño lo vencía otra vez. Pero cuando lograba conciliar el sueño, la misma imagen vívida y tenebrosa volvía vez tras vez como un relámpago que súbitamente aparecía en el cielo y volvía a desaparecer: toda la tierra vacía y desolada sin un solo árbol y con las montañas llenas de ceniza y sangre; los mares, los ríos y los lagos llenos de cadáveres cubiertos por una extraña sustancia espesa y hedionda; y fuego, fuego por todas partes. La última imagen era la más aterradora de todas: un enorme ojo rojo sin párpado entre enormes nubes de humo negro y maloliente que cubrían un torre solitaria en medio de un país oscuro, lleno de terribles criaturas que guardaban un calabozo en el que había un único prisionero desnudo, cubierto de cortadas y flagelaciones, que gritaba y lloraba incansablemente hasta que murió. De súbito, un halo de luz mortecina se filtró a través de unos pequeños agujeros en la pared del calabozo, iluminando pobremente el rostro del prisionero que colgaba sin vida encadenado al muro. No obstante, la luz era suficiente para distinguir de quién era el rostro: era el de Anardil.

—¡A *Elbereth Gilthoniel!* —exclamó Anardil al despertar otra vez—. ¿Qué es esto? En toda mi vida jamás había soñado algo semejante. No alcanzo a entenderlo. Sé que la vida que ahora llevamos los elfos es mucho más difícil que en días pasados, pero no tanto como para pensar que toda esperanza está perdida. ¿Qué pudiera significar este sueño mío? ¿Acaso mi muerte se aproxima, o un tercer Enemigo, otro Señor Oscuro, se ha levantado sobre la Tierra Media? Ni una cosa ni la otra puedo creer —reflexionó—, pero sigo sin entender el significado de esta visión. He pasado por situaciones mucho más duras y difíciles que la de ahora y jamás había soñado algo así, y justo hoy cuando todos en esta casa tuvimos un día maravilloso, esta sombra siniestra, venida de quién sabe dónde, acude a mis sueños y a mis pensamientos como un aviso urgente, aunque aciago e infausto. No lo soporto más, me iré a caminar: veré a dónde me conducen mis pies en esta ocasión.

Anardil se quitó las sabanas de encima y se levantó de un salto. Pronto se colocó su ropa de viaje y tomó consigo un saco pequeño que guardaba bajo su

cama, en el que guardó una botella con miruvorë y unos cuantos panecillos de los que hacía su madre, muy parecidos a las lembas. Después buscó, bajo una mesita que había en su cuarto, un cofre en el que solía guardar un frasquito lleno de una sustancia gris y azul que él utilizaba para hacer las velas mágicas que jamás se apagaban con el viento. Al salir, agarró su arco y su carcaj, y un par de dagas con mangos de oro, que un enano amigo de su padre le había regalado hacía ya mucho tiempo. También se asió de una vieja antorcha que utilizaba cuando salía a cazar de madrugada con su padre y con su hermano. Entonces caminó con cuidado hacia la puerta de su habitación, procurando no hacer ruido alguno y salir en absoluto silencio sin despertar a nadie más. Sin embargo, se detuvo de golpe como si algo o alguien le hubiese ordenado detenerse.

—¿Por qué estoy haciendo esto? —se preguntó a sí mismo—, sería mejor que dejara todo esto en su sitio y regresara a mi cama. No; debo continuar: algo me dice que debo salir de aquí ahora. Pero siento... siento como si... Mejor continuó mi camino, antes de que mis pensamientos terminen por traicionarme.

Anardil empezó a caminar otra vez, pero se tropezó con un bulto que lo lanzó de bruces al piso. —¡En el nombre de Ilúvatar! —exclamó irritado con los puños crispados—. Si sigo así voy a terminar por despertar a toda la aldea. ¿Qué será esto que está aquí? No recuerdo haberlo puesto junto a la puerta. ¿Será algo de mi padre o de mi hermano? Y por qué tendrían que dejarlo aquí, ellos tienen sus propias habitaciones. Bueno, vamos a revisarlo: quizá contenga algo que me sea de utilidad durante el viaje.

Abismado por lo peculiar y extraordinario de su hallazgo, Anardil se percató de que no estaba muy lejos de la verdad, pues encontró una sogá y una capa gris (con un broche en forma de hoja) que le serían muy útiles en el viaje. Al parecer, tanto la sogá como el manto provenían de los bosques de una tierra lejana, que antaño era llamada Lothlórien. ¿Cómo habían llegado ahí?, él no lo sabía, pero tampoco le importaba demasiado. Cualquiera que hubiese sido la causa de la aparición de ese bulto en su cuarto, ésta le era completamente desconocida y ajena. Providencial o no, Anardil se colocó la capa y guardó la sogá en su saco. Por fin estaba listo para salir pero se decidió por una ruta más corta y menos obvia, aunque más incómoda y trabajosa que cualquier otra salida de la casa: la estrecha ventana de su habitación.

Pronto se halló a sí mismo en un angosto pasillo formado por la pared de la casa y el amplio muro que resguardaba el jardín. Pegó su espalda a la pared y avanzó de perfil por cierta distancia hasta que alcanzó el pórtico de la casa que conducía a la entra principal a través de un camino de piedras que atravesaba el jardín en toda su extensión. Al llegar a la entrada, Anardil se dio cuenta que la puerta estaba asegurada y que no la podría abrir a menos que regresara a la casa a buscar las llaves. Anardil suspiró largamente y se encogió de hombros. Miró hacia la derecha y luego hacia su izquierda, hasta que sus ojos se toparon con el cedro que había trepado la mañana anterior. De pronto, en su rostro se esbozó una pequeña sonrisa, pícaro y maliciosa a la vez. Sin rastros de duda ni de indecisión, y con la habilidad de una ardilla, Anardil trepó el árbol velozmente y saltó de una rama a otra hasta encontrarse a sí mismo más allá del muro de la casa. Entonces se dejó caer sobre el camino.

Una vez allí, escudriñó todo a su alrededor tanto con la vista como con el oído; incluso llegó al extremo de olfatear el aire unas tres o cuatro veces. Se detuvo a pensar por unos instantes para decidir qué camino tomar. Finalmente, comenzó a caminar hacia su derecha sin detenerse ni mirar atrás. Así continuó por varias horas hasta salir por entero de la aldea, y encontrarse en medio de la intersección de dos caminos que se utilizaban para el comercio durante la primavera y el verano. Todo estaba solo y en silencio, ni siquiera se escuchaba el rumor de los animales nocturnos que salían a cazar, ni las hojas de los árboles impelidas por el viento; no se veía siquiera una luz en la distancia, ni una sombra: nada en lo absoluto. Anardil tuvo la impresión de que se encontraba en una tierra extraña, egoísta y hostil, que jamás había visitado en su vida. Pensó que había sido transportado a otro mundo, a otro lugar desconocido para los elfos y los hombres, aún desconocido para los Valar en el Oeste. En verdad se trataba de una idea poco alentadora. En fin, la oscuridad, la noche y la soledad, inofensivas en sí mismas, podían convertirse en formidables adversarios si se mezclaban con el miedo y la desesperanza, y Anardil estaba perdiendo la batalla.

—Ahora si estoy absolutamente seguro de que debí haber regresado a mi cama y no hacerle caso a mi estúpido y necio corazón —se dijo a sí mismo no muy contento—. Aquí no hay mas que vacío. Desolación; sí, desolación es lo que alcanzo a ver por todos lados. Que desagradable sensación: nada y todo a la vez. A pesar de que este lugar está vacío, siento cómo si una legión de ojos me estuviera observando. ¡Hasta Menel me ha negado la dicha de ver su

rostro! —dijo alzando las manos hacia el cielo cuando se percató que estaba cubierto de grandes y largas nubes rojizas, que de vez en cuando dejaban ver el destello de algún rayo que estallaba lejos en el firmamento.

Anardil se echó al suelo y comenzó a llorar amargamente avergonzado de sí mismo, lamentándose por lo tonto y débil que era, por tantos años utilizados en vano, por tantos sueños jamás realizados. Constantemente levantaba las manos abiertas y extendidas en dirección al cielo, invocando la gracia y la misericordia de Ilúvatar de diferentes formas y en diferentes lenguas, élficas o no. La noche se había hecho larga y tediosa, amarga e intolerante en su andar. Anardil continuó llorando durante un rato, hasta que el viento trajo consigo el crujir de unas hojas secas a lo lejos en el camino. Anardil se incorporó de un solo golpe y tendió el arco de inmediato, mas sin embargo, el temblor y el temor que embargaban su corazón no le permitían tener las manos firmes y apuntar con seguridad. En la distancia, una sombra se levantó en el camino y ésta se movía rápidamente en dirección a Anardil. De pronto, una voz dulce surgió de la oscuridad.

—¿Eres tú querido hermano el que me apunta con su arco? ¿Eres tú, Amigo del Sol, él que está allí de pie frente a mí? Dime si en verdad eres tú Vinyacardo Anardil.

—Aldarendur... ¿eres tú? ¡Alabado sea Eru Ilúvatar! Qué Manwë y Varda te concedan todos tus deseos hermano mío: me has salvado. —Anardil dejó caer el arco y la flecha que había preparado y corrió hacia Aldarendur y lo abrazó y besó tiernamente sin pronunciar palabra alguna; lloró sobre su cuello. Hubo silencio por un instante entre los dos, hasta que ambos se miraron directo a los ojos y dijeron a la vez: “¿Cómo llegaste aquí?”.

Anardil fue el primero en responder: —Esta noche tuve un extraño sueño hermano mío: soñé que toda la Tierra estaba en ruinas: no había árboles ni animales, las montañas estaban quemadas y bañadas en sangre; los mares y todas las aguas del mundo estaban atiborradas de cadáveres. Había criaturas horribles arrastrándose por todos lados, y un enorme ojo rojo sin párpado que se paseaba por el cielo entre densas nubes de humo negro y vapor hediondo. Había una gran fortaleza rodeada de fuego, custodiada por otras criaturas más horribles que las anteriores. En medio de todo, había un calabozo con un solo prisionero desnudo y encadenado a la pared, con muchas cortaduras en su cuerpo. El prisionero gritaba y lloraba todo el tiempo, cada vez con más fuerza, hasta que cedió su espíritu y murió en sus lamentos—. Entonces el rostro de Anardil se oscureció y una expresión fría, gris y malvada, se

apoderó de él. Su voz se tornó aciaga y áspera, más grave y profunda que de costumbre, como si hubiese sido poseído por algún demonio, mientras decía: —“Aquel prisionero, cuyo cuerpo colgaba sin vida encadenado a aquella sucia y putrefacta pared, era yo: Anardil”.

—*¡A tiro nin Fanuilos!* —exclamó Aldarendur llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué clase de visiones son éstas? Anardil. ¿Por qué has soñando con semejante cosa?

—Es la primera vez que sueño algo así —respondió Anardil—. Te digo en verdad que toda la vida he tenido pesadillas; incluso he soñado con mi muerte, pero jamás había visto todas estas cosas tan terribles.

—¿Tú encerrado en un fortaleza rodeada de fuego y vigilada por un ojo rojo que se paseaba por el cielo? Jamás había escuchado de la existencia de semejante cosa, salvo en las leyendas.

—A veces las historias se convierten en leyendas, y éstas a su vez se convierten en recuerdos que pronto caen en el olvido. No debería ser así. Estas historias deberían ser contadas y escritas una y otra vez, para que nunca olvidemos que todo lo que somos y todo lo que tenemos, se lo debemos a la valentía y a la buena voluntad de los antepasados de nuestros antepasados, tanto de hombres como de elfos.

—No te entiendo Anardil, en verdad que no —dijo Aldarendur con un aire de escepticismo—. Lo que me has contado parece de esas historias disparatadas que los viejos guardias de la ciudad cuentan en las tabernas cuando han bebido varias pintas de cerveza; cuando han bebido más de lo que su corazón puede soportar, o más de lo que pueden pagar.

—No son historias disparatadas y sin sentido Aldarendur, tal y como tú dices —respondió Anardil con autoridad, hablando de nuevo con su propia voz—. Son nuestras propias historias. La fortaleza de la que te hablo es la Barad-Dûr, la Torre Oscura, donde moraba Sauron el Cruel, hacedor del Anillo Regente: el Único. Hace muchas edades atrás que él intentó esclavizar a toda criatura viviente y sumirla en su oscuridad; aunque te digo en verdad que una vez estuvo apunto de lograr su cometido. Desde entonces, todos los caminos se han hecho curvos, y sólo por voluntad de los Valar, algunos pocos han podido encontrar el camino a las Tierras Imperecederas.

—¿Entonces todas esas historias son ciertas? —preguntó Aldarendur ansioso.

—Sí, lo son.

—Y supongo que fuimos nosotros los elfos los que ganamos la guerra, ¿verdad?

—¿Elfos? Lamento decepcionarte pero no, no fueron los elfos.

—¿Entonces los Reyes de los Hombres?

—Tampoco Aldarendur, tampoco. Deja de adivinar quién ganó la guerra y quién no. La verdad es que ninguno de éstos ganó la guerra, ni elfos ni hombres, ni reyes ni príncipes. Deja de buscar grandezas porque no las vas a encontrar. ¡Los medianos, mi querido hermano, contribuyeron a ganar la guerra contra el Señor Oscuro! —exclamó Anardil solemnemente.

—Ahora sí que no entiendo nada de lo que me estás diciendo hermano mío. ¿Quieres decir que esa gente pequeña que solía vivir por estas regiones ganaron la guerra? ¿Y cómo es eso de que contribuyeron a ganarla? ¡¿La ganaron *sí* o *no*?!

—Ellos contribuyeron a ganarla, ¡y de qué manera!, pero no la ganaron como tal, pues el mal fue vencido por mano del mismo mal, si se puede decir. Aunque debo confesar que aquella pobre y lastimosa criatura jamás imaginó que con su egoísmo y su codicia, nos estaba obsequiando el más maravilloso de todos los regalos que alguien pudiera dar a su prójimo: nuestra libertad. Si alguno merecía, y aún merece, el perdón por sus pecados, era esa pobre criatura: Sméagol. Ciertamente, a Gollum, le quedaba algo más por hacer...

Súbitamente la cara de Anardil se iluminó y todo rastro de desesperación o tristeza desapareció por completo. Él comenzó a sonreír, y sus ojos brillaron con una luz pulcra y plateada, como la de las estrellas más hermosas que habían en el firmamento. Varias lágrimas brotaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas, hasta que fueron arrancadas de su rostro por el viento para desvanecerse en el aire. Anardil suspiró y miró al cielo, que ahora estaba despejado y repleto de estrellas junto con la Luna, que parecía un enorme espejo en el que la Tierra admiraba su reflejo. Entonces observó a Aldarendur.

— ¿Y bien? Yo ya he hablado bastante hermano mío; ahora quiero saber por qué razón estás tú aquí en vez de estar descansando en tu habitación.

—La verdad Anardil, hubo un momento en el que desperté y no pude dormir más. Me puse a pensar en Nessimë y en lo que le diré cuando la vea el día de hoy. Por largo rato te escuché caminar de un lado para el otro en tu habitación. Te levantabas y te volvías a acostar. A veces hasta canturreabas una que otra canción de esas que te sabes. En una ocasión, te

oí deslizar el cofre que hay en tu cuarto y luego te escuché caer. Pasó un rato y hubo silencio, lo que me pareció muy extraño, así que fui a tu habitación a investigar. Al llegar, encontré la puerta abierta. Cuando entré, vi que no estabas, así que corrí hacia la puerta de la casa, la abrí, y me asomé en el pórtico a ver si te veía. Miré alrededor y no te encontré, pero entonces escuche un ruido en el cedro del jardín y fue cuando te vi saltar fuera del muro. Regresé pronto a mi cuarto y me vestí lo más rápido que pude; tomé mi arco, algunas flechas y mi puñal para cazar y, haciendo lo mismo que tú, comencé a seguirte.

—¿En verdad te trepaste al cedro? —preguntó Anardil asombrado.

—Pues sí, qué tiene de extraordinario. No es mas que un árbol —respondió Aldarendur incólume.

—Pues sí, es sólo un árbol —respondió Anardil con voz queda, un tanto avergonzado con su hermano—. Lo que sucede es que jamás había escuchado que treparas uno.

—Creo que todos estos años hemos estado tan ocupados en nuestros propios asuntos, que poco conocemos el uno del otro, mi querido Anardil.

—Así es Aldarendur —añadió Anardil—. No me había percatado de ello. Pero creo que después de todo, las cosas no han salido tan mal entre nosotros.— Una sonrisa se encendió en el rostro de Anardil y un brillo inusitado iluminó sus ojos, tal y como el Sol ilumina las cimas nevadas de las grandes montañas en primavera dejando al descubierto el esplendor de aquellas nieves blancas, limpias e inmaculadas. De pronto, Anardil recobró el juicio, y sus ojos y su corazón fueron abiertos ampliamente. Miró a su alrededor y vio con alegría que no se encontraba en medio de la nada, que aquel oscuro y tenebroso hechizo que lo mantuvo cautivo toda la noche había desaparecido.

—¡Me parece que he estado perdido por mucho tiempo! —exclamó en voz alta y fuerte—. Pero he hallado el camino de regreso: es hora de volver sobre mis pasos y encontrar que aún existe un lugar llamado *hogar*.

—En ese caso —dijo Aldarendur con un dejo de grandeza— pongámonos en marcha ahora y dejemos la charla para más tarde. El Sol está pronto a salir y con él, nuestro padre y nuestra madre. No queremos que despierten y encuentren nuestras habitaciones vacías. ¡En marcha!

Y así los dos hermanos emprendieron el viaje de regreso a la aldea. A medida que avanzaban, el ancho camino, que antaño fuera hollado por decenas de viajeros y cientos de carretas llenas de víveres y especias, se encogía ve-

lozmente hasta convertirse en una estrecha vereda flanqueada por una espesa y tupida vegetación. Pronto se vieron a sí mismos caminando a lo largo de una pasarela de numerosos árboles que entretejían sus ramas, formando un delgado pasillo abovedado; hasta parecía como si los árboles crecieran de un lado del camino y llegaran al otro enterrando sus ramas de nuevo en el piso como si fueran raíces. Aún así, de vez en cuando se podían ver las estrellas entre los claros de las ramas. Por un rato continuaron caminando por este pasillo hasta que salieron a un círculo completamente descubierto en donde no había árboles. Los dos se sintieron desconcertados ya que jamás habían visto el lugar, ni siquiera habían oído hablar de él.

—Aldarendur, ¿sabes en dónde nos encontramos? —preguntó Anardil.

—Pues déjame decirte que yo mismo no tengo idea —respondió Aldarendur un poco decepcionado—. Pese a que he recorrido este bosque una y otra vez desde que era un niño, solo o como parte de una compañía, no recuerdo haber visto este lugar. —Entonces Aldarendur dejó de hablar. Su rostro se oscureció y sus ojos miraron con violencia de un lado para el otro—. No lo puedo entender; no existe nadie que conozca estos parajes mejor que yo.

—Creo que te equivocas hermano mío —murmuró Anardil—. Ni tú ni yo conocemos este lugar porque jamás existió. Alguien lo ha hecho y no hace mucho. ¡Mira!.—Anardil señaló unas huellas profundas en el piso que marchaban en línea recta desde un extremo del círculo hasta el otro—. ¡Mira estas marcas! Aquí hubo alguien que taló los árboles y luego los arrastró a otro lugar, siempre en esta misma dirección: hacia el sur.

—¿Puedes saber cuántos eran los que hicieron esto?

—No puedo precisarlo Aldarendur, pero sí te puedo asegurar que eran suficientes. Observa las huellas: éstas corren siempre en línea recta para ocultar el número de los que estuvieron aquí, y son muy profundas, señal inequívoca de que varias personas pisaron en el mismo lugar. Bueno, en realidad digo personas pues jamás he visto que los animales usen botas de viaje.

—Pudieron ser tan sólo unos cuantos pero que sufrían de sobrepeso... jejeje.

—No estoy bromeando muchacho, así que mejor deja eso. Además —dijo Anardil gravemente, clavándole la mirada a su hermano con unos ojos encendidos— le estás avisando a todas las criaturas de la Tierra Media que estamos aquí; hasta te podrían escuchar en la caverna más profunda de las minas de Moria.

—¿Las minas de Moria?, ¿qué lugar es ese?, ¿en dónde está?

—Eso no importa ahora Aldarendur —respondió Anardil importunado—. Fíjate en estas impresiones en el suelo a cada lado de la fila de huellas: perfectamente redondas. Creo que los que estuvieron aquí utilizaron zancos, o algo parecido, y de esa manera lograron regresar sobre sus pasos sin dejar pista alguna. Mejor nos vamos antes de que decidan regresar. Mantén tus ojos bien abiertos y prepara tu arco. *¡Á tulë; hilya nyë!*

Anardil y Aldarendur salieron corriendo del círculo y se alejaron de allí tan rápido como les fue posible. Continuaron un buen trecho por el bosque cambiando de dirección constantemente hasta que llegaron de nuevo al camino principal. Se detuvieron para tomar un respiro y entonces escucharon el llamado de un cuerno a lo lejos. Éste sonó dos veces más y luego cesó otra vez. Pronto otros cuernos respondieron al llamado, sonando tres veces también. No hubo respuesta. —Ese es el llamado de emergencia— dijo Aldarendur espantado con las manos en la cabeza. Él se echó a correr pero su hermano lo asió por la capa y lo detuvo.

—No Aldarendur, no; espera. Estamos muy lejos aún para llegar a la aldea; mejor caminemos con cuidado: nos podríamos topar con algo o con alguien que no deseamos.

Anardil sacó su antorcha y la empapó con la sustancia mágica, gris y azul que traía consigo. De pronto, varios destellos plateados chisporrotearon en todas direcciones y, de inmediato, una llama gris se encendió en la antorcha. Todo alrededor de ellos quedó completamente iluminado. Anardil y Aldarendur empezaron a caminar y a algunos pasos de distancia vieron unas formas extrañas que se aproximaban hacia ellos apresuradamente y que se hacían más numerosas a medida que avanzaban. Pronto se encontraron completamente rodeados sin poder dar un paso más. Aquellas criaturas chillaban con una especie de silbido agudo y estridente, que a veces parecía articularse en palabras de una lengua grosera y hostil, mientras que en otras, se asemejaba al llamado de un jabalí moribundo. Anardil clavó la antorcha en el piso y, enderezándose otra vez en toda su estatura, tendió el arco; Aldarendur hizo lo mismo.

—¡Ahhrrr! Malditos y asquerosos elfos... ahrrrr. Mueran malditos mueran —dijo una voz gruesa, áspera y cruel.

—¡Sí elfos malditos y asquerosos! ¡Mueran, mueran! —respondieron los demás al unísono.

Anardil aguzó los ojos y escuchó con cuidado en dirección a la voz. Preguntó: —¿Quiénes son y qué hacen en nuestras tierras?

—¡Sus tierras! Éstas no son sus tierras, malditos albinos; jamás lo fueron. Ustedes son una plaga inmunda que ha infectado a todo el mundo: merecen morir... ¡Ahhrrr, ahrrrr! —De nuevo todos comenzaron a chillar como antes.

—Yo soy Vinyacardo Anardil, hijo de Eruantano, Señor de los elfos grises, y de Elenë de las Estrellas. Demando saber a quién me estoy enfrentado —dijo Anardil dando un paso al frente, aún con el arco tendido.

De repente todos se quedaron en silencio. Una figura alta y enhiesta se desprendió desde el fondo de la penumbra separándose del grupo, y una vez más, la misma voz áspera y cruel se levantó de nuevo, más profunda y tenebrosa que antes. —Yo soy Lhârzog hijo de nadie; ni hombre, ni orco...

—¿Qué cosa a dicho éste? —balbuceó Aldarendur—. ¿Ni hombre ni orco? ¿Qué puede significar?

Mucho siglos después que los medianos abandonaran estas tierras, un grupo de criaturas mitad hombre mitad orco las ocuparon. Nadie supo jamás a ciencia cierta de dónde provenían estos engendros del demonio. Algunos decían que habían sido creados por el Enemigo y que después de su derrota, se habían esparcido por toda la tierra escondiéndose en grietas oscuras y malolientes; otros, que eran la prole de mujeres que habían desaparecido en la espesura y que los orcos habían raptado y ultrajado; otros más, que eran balrogs que habían tomado la forma de los hombres. En fin, sin importar cuál fuera su origen, eran criaturas grotescas y deformes a las que muchos años después llamaron Medio Orcos. Sus rostros era anchos y abultados, llenos de nudos y verrugas, con unos ojos pequeños y alargados de color rojo y marrón, ocultos bajo unas cejas espesas y sucias. Tenían una nariz larga y puntiaguda, y una boca amplia de la que sobresalían por encima del labio inferior unos colmillos desiguales, babosos y amarillentos. Los brazos largos y robustos llegaban casi hasta el suelo. Las manos eran gruesas y deformes, a veces con tres dedos, a veces con seis. La espalda, ancha y encorvada, mostraba una extraña joroba que dejaban al descubierto al igual que la cabeza que, para la mayoría, carecía por completo de cabello que era sustituido por numerosas protuberancias óseas.

Todas las criaturas utilizaban unos pantalones de piel marrón, ceñidos a la cintura por una soga. Algunos caminaban descalzos y otros usaban unas botas negras y desgastadas, todas llenas de fango y con manchas de sangre. También

llevaban unos collares horrorosos y fétidos de los que colgaban las orejas, los ojos y las lenguas de los animales que cazaban; sin embargo, algunas veces se podía distinguir la oreja de un hombre o la de un elfo. Pero Lhârzog, que era tan alto como Anardil y más parecido a los hombres que el resto de los seres que lo acompañaban, era menos temible en apariencia pero mucho más peligroso en actos y en pensamientos.

Su rostro era como el de un hombre común, aun como el de un elfo. No tenía labios, ni dientes ni lengua, y la nariz no era mas que un abertura en el medio de la cara. La larga cabellera, blanca y limpia, ondeaba con el viento, dejando escapar de vez en cuando el contorno de unas orejas grandes y puntiagudas como las de un lobo. Toda la piel estaba llena de cortaduras y tatuajes, especialmente cerca de los ojos lóbregos y fríos, completamente blancos y sin retina. A diferencia de los demás, Lhârzog estaba todo vestido de negro sin dejar ninguna parte del cuerpo al descubierto. Usaba una cota de malla con unos anillos de acero muy gruesos que le cubría los brazos y todo el tronco. Tenía un cinturón de cuero de color verde oscuro con gris y unos botones de plata sucia y ennegrecida, y una hebilla enorme de hierro oxidado que tenía una gran runa en el centro pintada de rojo. De sus hombros colgaba una larga capa negra con flecos rojizos y ocres, que tenía el símbolo de una mano huesuda y descarnada con seis dedos largos y nudosos que sostenían un cuchillo roto por la mitad.

—Pobres elfos, siempre tan confiados y tan ingenuos pensando que su magia siempre los va a proteger —dijo Lhârzog en voz alta señalando con el dedo a los dos hermanos, escupiendo en los pies de ellos—. Ahhrrr... No volverán a ver otro amanecer; ¡no!, no lo verán. Sus días están contados y su fin está muy cerca, malditos albinos. Pronto la oscuridad cubrirá toda la tierra y ni elfo ni hombre tendrá cabida en este mundo. Pronto morirán, pronto.

Lhârzog desenvainó una espada enorme que le colgaba del costado derecho, una como no se había forjado desde los días de las grandes guerras de antaño. Pronto, miró hacia arriba y comenzó a dar gritos en su propia lengua, cruda y soez, mandando a sus acompañantes que atacaran a los elfos. De inmediato, todas la criaturas sacaron sus armas: espadas (largas y cortas), dagas, puñales, lanzas, hachas (de una y dos hojas), garrotes con púas, mazos con cadenas que tenían una bola de hierro en el extremo, látigos, tridentes y unos escudos anchos y redondos cubiertos con dientes de lobo y de dragón. De dónde habían obtenido los dientes de dragón era incierto, ya que

éstos se habían extinguido hacía ya mucho tiempo. Los medio orcos formaron un círculo rodeando a los dos hermanos que se mantenían en el mismo sitio tendiendo los arcos y mirando en todas direcciones, como esperando que en cualquier momento comenzara el ataque. Las figuras jorobadas de los medio orcos se movían velozmente de un lado para el otro chillando como animales rabiosos, tratando de confundir a Anardil y Aldarendur, mientras se acercaban lentamente hacia ellos. De vez en cuando un medio orco se adelantaba y golpeteaba el piso con las grandes manos levantado un polvareda. El círculo se cerraba cada vez más sobre los hermanos que comenzaban a desesperarse, en especial Aldarendur, que ahora tenía lágrimas en los ojos. “¡Daro, daro!” decía una y otra vez sin parar, en tanto que apuntaba a tientas hacia un lado y después hacia el otro, tratando de seguir los movimientos de los medio orcos que saltaban y corrían frente a él.

—No les grites Aldarendur, no les grites. Te están provocando; quieren que des un paso en falso y entonces destruirte —dijo Anardil—. Quédate callado con los ojos bien abiertos. No dispaes hasta que sea completa y forzosamente necesario. ¡¿Me estás escuchando Aldarendur?! Mantente tranquilo; yo estoy contigo.

—Sí; estás conmigo. ¿Pero *quién* está contigo? —replicó Aldarendur—. Son demasiados para nosotros dos: no podremos vencerlos. Creo que antes se nos agotarían las flechas y las esperanzas Anardil. Ha llegado nuestra hora hermano, ha llegado; y no hay nada que podamos hacer. —Aldarendur apretó los dientes y levanto el arco aún más, tendiéndolo con mucha más fuerza que antes—. Hemos tenido una buena vida después de todo, excepto quizá, porque jamás conocimos el amor verdadero. Bueno... al menos yo no. Ya no me importa nada: que venga la muerte ahora si lo desea —murmuró—; nada me ata a este maldito y asqueroso mundo.

Mientras Aldarendur decía estas cosas, Anardil no le quitaba ojo de encima al malvado Lhârzog que se mantenía delante del grupo de medio orcos a cierta distancia frente a él. Lhârzog se reía, a pesar de la horrible y desfigurada boca que tenía; se reía y escupía en dirección a Anardil. También pateaba el suelo constantemente a manera de amenaza, levantando polvo y arrojando piedritas sobre los pies del elfo. A veces sacaba de un saco que llevaba atado a la espalda, partes de animales muertos que lanzaba hacia el rostro de Anardil. Entonces la escena cambió por un instante. Lhârzog se mantuvo inmóvil por unos segundos levantando la espada con ambas manos y mirando, fija y gravemente, a Anardil a los ojos. No sabía ni entendía lo que estaba suce-

diendo: Anardil comenzó a hablar en un lengua diferente, noble y armoniosa. Una lengua pura y refrescante como un sorbo de agua fresca después de una largo viaje; una lengua dulce y musical como las palabras de la mujer amada. A Anardil se le encendieron los ojos con una luz poderosa e inmaculada, limpia y duradera, cuando con voz fuerte exclamó: — “*¡Ela! Sí qualmë tulë i lómessë írë mornië lanta i lúmenna manarinyo. ¡Ai! an cotumonyar mahtëar nyë ar mahtëanyë tē. ¿Ma inyë hiruva i tië imbë cuilë ar qualmë? ¿Man varyuva nyë sina lúmenna? A Elentári, á linda sí lírë nin. A Ilúvatar herunya, á lasta ómanya. A Ilúvatar herunya: inyë lyë-méla; elyë ná er estelinya. Nai Atarinya, i eä or ilyë atari, tiruva nyë*”.

De pronto, todos los medio orcos dejaron de chillar y saltar, y se detuvieron. Lhârzog, atónito y desconcertado, se quedó en su sitio observando a Anardil con desprecio y repulsión. Movi6 los dedos de las manos para asir mejor la espada y camin6 otra vez hacia delante, aproximándose a Anardil con cautela. Pronto, todos los medio orcos gritaron y saltaron otra vez, chillando ferozmente con muchas más fuerzas, en tanto que Aldarendur miraba a su hermano como extrañado. Entonces, movido por alg6n poder externo, ajeno a su voluntad, 6l mismo exclam6 con voz fuerte y clara: — “*Cuiathon, broniathon, bronathon. ¡Hain maethathon!*”.

Todos los medio orcos corrieron hacia los hermanos levantando las armas. De repente, cuando estaban a punto de caer sobre ellos, se escuch6 un grito terrible y desgarrador, agudo y estridente. Un objeto sali6 volando por los aires y cay6 al piso estrepitosamente. Todos se detuvieron y observaron estupefactos el cuerpo decapitado de Lhârzog tendido en el piso, empapado en su propia sangre, negra y f6tida. Entonces, vieron la figura de un hombre alto y majestuoso que se erguía incólume junto al cuerpo exánime de Lhârzog, sosteniendo una espada limpia y lustrosa, como acabada de forjar. Usaba una armadura de plata y un yelmo de oro con dos alas de diamante que se extendían hacia atrás. Tenía una capa blanca de lino fino y nuevo, que colgaba del cuello asegurada con un broche en forma de estrella. Iluminado de pronto por una luz angelical, el hombre se dio media vuelta y mir6 a Anardil sonriéndole con un aire bondadoso y cortés, como si se tratase de un rey ante su fiel y leal servidor. Los ojos le brillaban en diferentes tonos de azul y blanco. Y así, levant6 entonces la mano y señal6 hacia el oeste diciendo: — “*A Anardil. Ilúvatar alastië quettalyar: ohtaryar utúlier mahtien len*”.

Una luz suave y tenue, pero a la vez pacífica y tranquila, ilumin6 el rostro de Anardil, ahora más sosegado y sereno, justo como la primavera viene a

iluminar al mundo después del invierno. Una vez más los ojos le brillaron, con una luz tan poderosa como el fuego del Sol que él tanto amaba. Aldarendur suspiró y comenzó a sonreír, ahora un poco más calmado. Se colocó rápidamente a lado de su hermano, hombro con hombro. Unos momentos después, a los hermanos les pareció percibir una luz fuerte e intensa que venía de todas partes y que iluminaba todas las cosas, clara y perfectamente. También escucharon un rumor, como el de cientos de soldados marchando en el campo de batalla, acompañado por un cántico entonado por incontables voces, en una lengua desconocida por ellos; una lengua tan aguda y penetrante con una espada de dos filos. Entonces vieron una multitud de arqueros que se aproximaban vestidos con túnicas blancas. En la frente, todos portaban una gema de color azul en una guirnalda de plata muy fina y delgada. Mientras avanzaban, preparaban los arcos dorados colocando unas flechas de cristal, largas y muy afiladas.

En tanto eso sucedía, uno de los medio orcos corrió hacia Anardil velozmente, alzando su hacha de doble hoja, mellada por el uso. Pero Anardil apuntó con el arco, y en un solo tiro certero y mortal, derribó a la sucia criatura atravesándole la garganta. Los demás medio orcos empezaron a gritar y a chillar, a golpetear, a patear y a saltar sacudiendo las armas sobre sus cabezas. Anardil derribó a dos más; asimismo Aldarendur. — *“Sí fëanya uryëa ve nár Anaro. Súyëanyë i vista. Hláran lassi i aldaron lindië súrinen. Cenin i elenion ar Isilo cala: sîlantë ve Silmarilli. Mahtuvanyë cotumon-ya; inyë mahtuva tē ilyë. Cuina termaruvanyë; úvanyë firë sinomë”*— exclamó Anardil, mientras las flechas de los guerreros blancos silbaban sin cesar, volando de un lado a otro como centellas en una tormenta en medio del mar; como numerosas estrellas fugaces que atraviesan velozmente las tinieblas del cielo nocturno, dejando estelas de luz a su paso. Los medio orcos corrían de un lado para el otro desorientados, resistiendo como mejor podían el ataque de los guerreros blancos, que se hacían más y más numerosos. En tanto que el tiempo transcurría implacable, más medio orcos caían en el piso, atravesados por una o más flechas, a medida que la batalla continuaba. Anardil y Aldarendur no dejaban de pelear, como si ellos solos estuvieran enfrentando a los medio orcos. Con o sin flechas, seguían batallando incesantemente en medio del fragor de la batalla. Los medio orcos gemían, gritaban, chillaban, maldecían, pero nada de esto impedía el avance de los hermanos élficos y de los guerreros blancos, que con paso seguro, firme e indetenible, marchaban adelante hacia la victoria. Pronto la batalla llegó a su fin; ni un solo medio

orco quedó en pie. De inmediato, los guerreros blancos se formaron otra vez y comenzaron a marchar por donde mismo habían venido, entonando ahora una canción nueva y alegre en la misma lengua que antes, celebrando la victoria del bien sobre el mal.

Extenuados por la batalla, Anardil y Aldarendur se sentaron a un lado del camino, observando a aquellas huestes celestiales que habían venido en su ayuda. De pronto, el hombre con el yelmo de oro se acercó a los hermanos. Ninguno de los tres pronunció palabra alguna por un buen rato, sólo se observaron entre ellos. De repente, Anardil rompió el silencio y habló: —“¿De dónde han venido ustedes?”.

—No hagas preguntas necias mi bienamado Anardil, porque tú sabes bien de dónde hemos venido y a dónde vamos ahora. Como te he dicho, tus palabras fueron escuchadas por el Padre; hallaste favor ante él. ¡Y también tú Aldarendur!, a pesar de que clamaste con el corazón mas que con tu boca. Ambos son muy valientes en verdad. Es bueno y alentador saber que aún hay luz y bondad en la tierra. El poder de muchos reyes élficos de antaño descansa ahora sobre ustedes, y la sangre de los mejores arqueros de su raza corre velozmente por su venas. En verdad les digo: ustedes y sus familias tendrán paz, felicidad y abundancia mientras dure el mundo.

—Eso es mucho tiempo mi señor; mucho —respondió Anardil.

—Sí, es mucho tiempo; “mientras dure el mundo”. ¿Cuánto puede durar el mundo mi señor? — preguntó Aldarendur.

—Eso no es algo que me corresponda a mí responder, a ti o a cualquiera. Además, no lo sé. Solamente Ilúvatar sabe cuánto durará el mundo: sólo él lo sabe. Él creó todas las cosas: aun a mí, aun a ustedes. A él le pertenecen los tiempos y las sazones. No obstante, hay algo que ustedes y sus familias han ganado: Navegar, como muchos lo hicieron en la antigüedad, y entrar en las Tierras Imperecederas, para morar en ellas por tiempo indefinido, en tanto sea la voluntad de Ilúvatar. Ya sea que lo hagan por voluntad propia o movidos por la necesidad, podrán partir de la Tierra Media y morar en las tierras de Más Allá del Mar. Se lo han ganado: por su valor y por su fe. Ahora mi tarea en este lugar ha terminado. ¿Tienen algo que decir antes que parta?

—Algo que decir no, pero sí algo que preguntar —respondió Aldarendur—. ¿Cuál es tu nombre?

—¿Quieren saber mi nombre? No tengo nombre alguno entre los hijos de Ilúvatar que moran en el Mundo, y el nombre que tengo desde los días en los que la forma de la tierra no estaba definida aún, es un nombre extraño en una lengua extraña que no significa nada para ustedes. ¿Quieren llamarme de algún modo? Pues colóquenme ustedes mismos un nombre. Así, cada vez que me recuerden, lo harán a través de ese nombre. Siempre pronúncienlo en voz alta para que yo los pueda escuchar.

—Bueno —dijo Anardil—, no sé como podríamos nombrarte. —En ese mismo instante, mientras Anardil continuaba hablando, el Sol salió resplandeciente en el horizonte e iluminó el yelmo de oro del guerrero angelical, reflejando hermosos destellos dorados por todas partes.

—¡Listo; ya está! Tengo el nombre perfecto: Laurë-ohtaro, el *Guerrero Dorado* —rió Aldarendur.

—¿Laurë-ohtaro? Me parece perfecto amigos míos; me parece perfecto y muy adecuado. Bien, ya me han dado un nombre, así que supongo que ya no quedan más asuntos por resolver. A menos, claro, que tú Anardil tengas algo más que decir antes de mi partida.

—Creo que ahora eres tú el que conoce con seguridad lo que guarda mi corazón en este instante; pero de todas formas te lo preguntaré. Además, mi hermano no es adivino para saber lo que estoy pensando, así que lo diré de todas formas. ¿Te volveremos a ver alguna vez? —dijo Anardil con un dejo de tristeza.

—Siempre me verán, en sus recuerdos y en sus sueños. Como les dije antes, pronuncien mi nombre en voz alta para que yo los pueda escuchar; les prometo que en es mismo instante estaré con ustedes. Quizá algún día nos podamos ver en verdad. Ahora, debo partir mis bienamados, Anardil y Aldarendur. ¡Qué el Sol ilumine sus caminos! ¡Adiós!

Laurë-ohtaro dio media vuelta y comenzó a caminar, mas sin embargo, a tan sólo unos pocos pasos de distancia, fue envuelto en un bruma y desapareció. Anardil y Aldarendur se incorporaron y echaron a andar por el camino de vuelta a la aldea. Mientras avanzaban, miraban atrás alzando una mano cada uno en señal de despedida. Entonces los dos gritaron a una misma voz: —“*Tenna i lúmë enomentielvo Laurë-ohtaro*”—. Los hermanos siguieron adelante por el camino mientras la mañana se iba haciendo más y más clara. Los pajaritos y las ardillas salían ya de sus escondites en busca de alimento. Un viento frío sopló de repente anunciando la llegada del invierno; no obs-

tante, con cada ráfaga llegaba una voz lejana, dulce y melodiosa que decía una y otra vez: —“Estaré con ustedes mis bienamados mientras el mundo dure”—. Los hermanos continuaron caminando sin prisa y despreocupados observando todas las cosas que había en el bosque, pues ya no sentían miedo. Aldarendur, como siempre, iba en silencio contemplando con detenimiento los árboles, los arbustos, las flores, y todo lo que pudiese alcanzar a ver en el bosque mientras caminaba. Anardil lo miraba y sonreía, pues veía ahora a su lado al mismo niño que, años atrás, contemplaba asombrado la grandeza del bosque; también miraba al cielo repetidas veces en dirección al oeste. Ya no le pesaba el corazón como la noche anterior, y todo vestigio de aquella terrible visión que había visto en sus sueños desapareció por completo. No obstante, ahora que lo pensaba, le parecía que aquella mala impresión que lo agobiara durante la noche anterior, no era otra cosa sino un llamado, un aviso, para evitar que las sombras y la maldad que aquellas criaturas traían consigo cayeran sobre aquel lugar, sobre el bosque y sobre la aldea, pero más importante aún, sobre la Tierra Media.

—Aldarendur, pienso que cuando desperté anoche no fue por casualidad. Pienso que de alguna manera se me aviso que algo terrible iba a suceder y que yo podía evitarlo, o más bien, que yo podía ayudar a evitarlo. —Entonces calló durante algunos segundos y después continuó:—Esas criaturas malvadas, jamás sabremos de dónde vinieron, ni de dónde pudieron haber salido. Lo que sí es seguro es que si hubiésemos permanecido en casa, hubiésemos sabido adonde se dirigían: justo a nuestros hogares para acabar con nosotros. ¿Qué opinas ahora Aldarendur? ¿Aún crees que hemos sido abandonados en este lugar? ¿Qué los Señores del Oeste ya no se ocupan de nuestras guerras?

—No; ya no lo creo. Lo que sí creo es que jamás estaré solo otra vez, porque ahora sé con certeza que todas las cosas que hay en la tierra, en los mares y en los cielos me acompañarán por siempre. ¡Todas las cosas!: los pajaritos, las grandes águilas, los árboles, las flores, los insectos, las piedritas en el camino, los peces en el río. ¡Todo! —Entonces calló y continuó caminando en silencio, observando pensativamente el suelo que pisaba. De pronto, comenzó a hablar otra vez: —Solo que, ahora que lo digo, en verdad me parece que no todas las cosas me acompañarán, pues la mujer de la que estoy enamorado no siente lo mismo por mí. ¡Ah, Nessimë! —suspiró.

—¿No me has escuchado acaso? —dijo Anardil importunado y molesto con su hermano—. No hemos sido abandonados en este lugar, y tú no eres precisamente la excepción. Ya deja de pensar de esa manera. Lo que Nes-

simë tenga en su corazón es algo que le concierne sólo a ella y a nadie más; ni siquiera a ti Aldarendur. Si en verdad quieres saber qué guarda ella en su corazón, pues acércate a ella. Habla con ella y trata de escucharla. Sólo así llegarás a comprender lo que hay en su corazón, y la llegarás a conocer. Pero no creas que todo acaba allí: es tan sólo el primer paso. Tendrás que dar mucho más si en verdad pretendes que ella te ame.

—No me comprendes Anardil, en verdad que no —respondió Aldarendur insistentemente—. Así como has dicho que el corazón de Nessimë me es desconocido, así mismo es mi corazón para contigo: no puedes saber lo que hay en él y mucho menos sentir lo que él siente. Tengo miedo Anardil, mucho miedo. —Entonces Aldarendur calló y no dijo más.

—¡Qué todas las estrellas caigan ahora sobre la tierra! ¿Tienes miedo? Te acabas de enfrentar con un ejército de horribles engendros, de criaturas endemoniadas, armadas y malhumoradas, ¿y aun así le tienes miedo a una mujer? —preguntó Anardil exaltado, con un tono un tanto burlón.

—Sigues sin comprender Anardil —dijo Aldarendur en voz baja y apagada—. Puedo enfrentarme al ejército mas temible del mundo. Puedo soportar el frío de una espada atravesando mi carne. Puedo soportar la muerte más violenta y dolorosa que te puedas imaginar hermano mío. Lo que no puedo soportar, y jamás soportaré, es ver en la distancia a la mujer que amo, y saber, que su amor no me pertenece; que su corazón no me pertenece; que no estoy en sus sueños, ni siquiera en sus pensamientos.

Anardil hizo un gesto con la cara y levantó la mano como si fuera a hablar otra vez; pero se contuvo y permaneció en silencio. Continuó caminando, sosteniendo su barbilla con la mano derecha, pensando que él había pasado por aquella misma situación repetidas veces. Una vez más se preguntó a sí mismo si las historias en verdad se repetían. Entonces llegó a comprender realmente lo que le sucedía a su hermano en aquel momento, pues Aldarendur se encontraba ahora en medio de la guerra más grande y espantosa que jamás enfrentaría: la guerra interminable entre el corazón y la razón. En adelante, Anardil no se atrevió a decir más nada a su hermano. Sólo continuó caminando a su lado.

De pronto, el llamado lejano de un cuerno resonó varias veces en la distancia. Anardil se detuvo de golpe y se llevó las manos a la cabeza, como acordándose de algo largamente olvidado. Luego exclamó: —¡Aldarendur, la aldea! Hemos olvidado por completo la aldea. Escucha: los cuernos claman una vez más. ¡Vamos!

Entonces Anardil y Aldarendur apresuraron el paso; prácticamente echaron a correr, de la misma manera que lo haría un leopardo al perseguir a su presa. Se apartaron del camino internándose en el bosque, cambiando de dirección en todo momento, pasando velozmente a través de largas hileras de árboles. El bosque parecía extenderse infinitamente frente a ellos, como si por causa de alguna fuerza secreta y desconocida, se les estuviera impidiendo llegar a su destino. Los árboles se apretaban más y más a medida que avanzaban ocultando la luz del sol, y sin embargo, los hermanos continuaban corriendo sin cesar. El aire se hizo pesado, difícil de respirar: Anardil y Aldarendur sentían como si el mundo intentara aplastarlos. Los hermanos siguieron corriendo hasta llegar a un claro por donde pasaba un riachuelo. Aldarendur sonrió y señaló hacia la izquierda en dirección al riachuelo. Dijo: —Por aquí Anardil, por aquí. Este riachuelo nos conducirá directamente a la entrada de la aldea—. Los dos elfos continuaron su viaje a través del bosque, siguiendo constantemente la trayectoria del riachuelo sin desviarse. Al cabo de un rato, los árboles comenzaron a menguar dando paso a un pasto alto y espeso. En frente, estaba de nuevo el camino principal que conducía hacia la entrada de la aldea. Los hermanos se detuvieron por unos instantes a la orilla del camino. Miraron a un lado y luego al otro. Aldarendur suspiró. Entonces, comenzaron a correr nuevamente. Aún encontrándose a cierta distancia, como a uno o dos tiros de arco, lograron escuchar un tumulto de voces que hablaban y gritaban a la vez. Cuando por fin llegaron a la aldea, vieron a una multitud de personas yendo y viniendo de aquí para allá. Había caballos y carretas por todas partes; también habían barriles, fardos y baúles atravesados en medio de la calle. Los guardias corrían de un lado para el otro; asimismo los arqueros. Muchas doncellas élficas iban con sus madres y con el resto de las mujeres de la comunidad, cuidando a los niños y a los más jóvenes, en tanto que los elfos de mayor edad, iban con los jefes de cada familia al frente de la marcha, algunos con espadas en las manos y otros con arcos o con lanzas. Todo estaba verdaderamente agitado. Los hermanos continuaron corriendo velozmente a lo largo de la avenida principal que recorría la aldea de punta a punta. Esquivaban las carretas y a los transeúntes, y no se detenían a hablar con nadie. Finalmente llegaron a su casa. Los dos empezaron a dar gritos llamando a su padre y a su madre; pronto Elenë y Eruantano salieron a la entrada de la casa a recibir a sus hijos.

—¡Hijos míos, mis bienamados!, ¿dónde estaban metidos? —lloró Elenë.

—Muchachos sinvergüenzas, parecen dos jovencitos: necios y estúpidos. ¿En qué lío estaban metidos esta vez? —preguntó Eruantano con severidad como si le hablara a un par de niños traviesos.

—Salimos al bosque en la madrugada padre —respondió Aldarendur con un aire de sumisión y respeto hacia su padre— y nos quedamos un rato dando vueltas. Pero entonces escuchamos el llamado de los cuernos y emprendimos el viaje de regreso. Sólo tuvimos un pequeño inconveniente en el camino; eso es todo. Eran unos vándalos que querían que les diéramos comida. Los espantamos entre los dos y seguimos nuestro viaje hacia acá.

—Sí, eso es lo que sucedió *atarinya* —agregó Anardil—, no te tienes que exaltar. Además, ya estamos aquí sanos y salvos. Pero dime a qué se debe todo este alboroto. Desde que entramos en la aldea, no hemos visto otra cosa sino gente corriendo desenfadada de un lado para el otro. ¿A qué se debe todo este escándalo?

—¡Una invasión hijos míos, una gran invasión! Ese es el motivo —exclamó Eruantano sarcásticamente.

—¿Una invasión? —preguntaron los hermanos a la vez.

—Sí una invasión —respondió Eruantano—. Sí; fue en la madrugada durante la cuarta vigilia. Los heraldos de la frontera sur observaron una horda de hombres muy extraños que se aproximaban a la aldea por varias direcciones. Eran muy numerosos y grandes decían. Hubo algunas batallas aisladas en varios poblados, es especial porque a medida que avanzaban destruían los bosques y mataban a todos los animales que encontraban a su paso, domésticos y silvestres. También envenenaban los ríos y los lagos. Incluso, incendiaron algunas granjas se dice por ahí. Unos jinetes que lograron escapar con vida de una de las escaramuzas vinieron a avisarnos y fue entonces cuando se tocaron los cuernos y empezó el enredo. Todos despertaron y comenzaron a desalojar la aldea. Los que no partieron, se quedaron a pelear. Moriehto vino por nosotros, pero Elenë y yo decidimos permanecer aquí para esperarlos; especialmente porque su madre me lo pidió: me dijo que tuvo un sueño acerca de ustedes en una guerra.

—Sí hijos míos —interrumpió Elenë— tuve un sueño. Vi a un hombre vestido de blanco, majestuoso como un rey, que usaba un yelmo de oro con dos alas de diamante. Éste era seguido por un ejército de arqueros vestidos de blanco con una delgada corana de plata en la frente, con una piedrita de color azul en el centro. Eran muy numerosos pues podían verse hasta donde

alcanzaba la vista. Éstos avanzaban con paso firme y constante, cantando un himno en una lengua poderosa y antigua, pero desconocida para mí. Las voces eran fuertes y estruendosas como el estallido de los rayos en medio de una feroz tormenta, como el furioso rumor de un volcán al hacer erupción. Había una figura blanca, como la de un hombre, alta y esplendorosa que permanecía detrás del ejército. Este los miraba, y señalaba con el dedo como indicándoles el camino que debían tomar. Se escuchaban olas; sí, olas que el viento movía de un lado para el otro suavemente. Entonces escuché gaviotas que cataban a lo lejos. De pronto me vi a mí misma de pie en una playa, a pesar de que jamás he visto el mar. En el cielo vi una figura gigantesca y oscura que volaba hacia mí entre las nubes. Me asusté y levanté los brazos, cubriéndome el rostro. No sabía lo que era, hasta que estuvo suficientemente cerca. Un águila de plumaje dorado y lustroso, con una corona de diamantes sobre su cabeza, se acercó hasta donde yo estaba y me dijo: “Elenë, Hija de las Estrellas, blanca doncella de la Dama: tus hijos han partido a la guerra con los reyes de los elfos. Espéralos alegre, Hija de la Mañana, al despuntar el alba, pues regresarán a ti victoriosos y llenos de la gloria; la misma gloria que descansa sobre las coronas doradas de los Señores del Oeste”. Por esa razón hijos míos, mis amados, no quise abandonar la aldea, pues tenía la certeza de que ustedes iban a regresar.

—¡En el nombre de Ilúvatar! —exclamó Anardil admirado—. Esto no puede ser posible. No lo puedo creer.

—¿Qué pasó hijo mío? ¿De qué estás hablando? —preguntó Eruantano— Parece como si tu madre hubiese estado teniendo alucinaciones. ¿No le crees? Me extraña esa actitud de tu parte; tú que te has pasado días enteros leyendo libros de historia o formulándole preguntas a los maestros de las tradiciones antiguas. Tú, más que ningún otro en esta casa, o en esta aldea, deberías creer lo que tu madre les ha contado.

—No se trata de *creer* o *dejar de creer atarinya* —respondió Anardil a su padre—. Se trata de que lo que ha dicho mi madre no fue un sueño sino una realidad, pues este ejército blanco que ha visto en sus sueños estuvo en verdad con nosotros en medio de una guerra.

—¿Qué es lo que estas diciendo *ionya*? —preguntó Eruantano.

—Déjalo hablar Eruantano, déjalo hablar —dijo Elenë insistentemente—; ya no interrumpas más al muchacho: deja que nos cuente.

Anardil entonces comenzó a hablar: —Anoche, después de irnos a dormir, tuve un sueño muy agitado e intranquilo. A cada instante me levantaba y caminaba en mi habitación hasta que el sueño me vencía otra vez y me volvía a acostar. De repente, tuve una pesadilla oscura y terrible. Soñé que todo el mundo está destruido y desolado, lleno de cenizas y de sangre, la sangre de cientos de miles de cadáveres que flotaban sobre las aguas del mundo: océanos, mares, ríos, lagos. Había un hedor por todas partes y una sustancia viscosa y putrefacta que cubría todo. Vi un país oscuro, vacío, yermo, en el que se levantaba un torre alta y solitaria, vigilada por numerosas criaturas grotescas y horribles. Vi un gran ojo rojo sin párpado volando entre las nubes alrededor de la torre. Escuché unos gritos horribles como si estuvieran torturando a alguien. De pronto, vi un calabozo frente a mí en donde había un solo prisionero. Éste estaba desnudo, todo ensangrentado, lleno de heridas y cortaduras en todo el cuerpo, y encadenado a la paredes inmundas del calabozo. Entonces el prisionero comenzó a retorcerse del dolor. Lloró y gritó violentamente, como un animal moribundo. Así continuó por unos instantes hasta que murió. Luego una luz trémula entro por unas grietas que había en las paredes del calabozo e iluminó el rostro sin vida del prisionero. Me espanté al darme cuenta que el prisionero era...

—¡Era un elfo; un elfo! —interrumpió Aldarendur antes que su hermano pudiese decir que el prisionero era él mismo—. Era un elfo; sí, eso era. El sueño de Anardil fue como una especie de presagio; un augurio de que todos los elfos íbamos a enfrentar un destino cruel.

Anardil observó gravemente a Aldarendur por unos instantes. Sin embargo, se sentía como si le hubiesen quitado un gran peso de encima; además, estaba profundamente agradecido con su hermano por lo que había hecho, pues si hubiese terminado de contar su sueño tal y como lo soñó, los corazones de Elenë y Eruantano se hubiesen desmoronado del desconsuelo en aquel preciso instante. Luego Anardil prosiguió con la historia, de cómo había salido de la casa y recorrido un largo trecho hasta internarse en el bosque e ir a parar a una tierra que le pareció desconocida de momento. Contó cómo Aldarendur fue a parar a donde él estaba y de cómo emprendieron el viaje de regreso y del encuentro con los medios orcos. Entonces Elenë y Eruantano quedaron atónitos ante el relato del ejército blanco y del guerrero dorado, y del valor y la fe que sus hijos habían mostrado ante la adversidad, a pesar de que Anardil no ocultó el hecho de que él, así como Aldarendur, cayeron en la desesperación, imaginando que el fin de sus días los había alcanzado.

Asimismo, Anardil habló de la extraña apariencia de los medio orcos y de las palabras que Lhârzog había pronunciado en su contra y en contra de toda la raza élfica; aun en contra de la raza humana. También habló acerca de Laurë-ohtar y del pacto que él había celebrado con ellos.

—*¡Á laita essë Eruva. Á laita Ilúvatar; atarelva i or ilyë atari eä tennoio!* —exclamó Elenë gozosa con lágrimas en los ojos, alzando los brazos con las manos abiertas y extendidas.

—Con la gloria de los reyes élficos de antaño y de los Señores que habitan en el Oeste, nuestros hijos han sido vestidos en este día —sonrió Eruantano—. Les pido perdón hijos míos por haber desconfiado de ustedes. Ahora, tengo la certeza de que soy el padre más afortunado del mundo. ¿O a quién no le gustaría tener dos hijos como ustedes?

—No es para tanto *atarinya* —replicó Aldarendur—. Sólo fuimos llamados para cumplir con nuestro deber padre. En verdad, no somos mas que esclavos que no servimos para nada. Lo que hemos hecho esta noche no fue nada extraordinario, pues lo que hemos hecho es lo que debimos haber hecho. Además, los padres de los antepasados de nuestros antepasados nos dieron la libertad: nos dieron la Tierra Media. ¿No hemos de luchar nosotros también en su nombre para mantener vivo su legado?. —Entonces Aldarendur se volvió hacia Anardil y le guiñó el ojo. Anardil lo miró complacido.

Eruantano observó admirado y conmovido a su hijo. Sonrió y se acercó a Aldarendur poniendo una mano sobre su hombro y dando varias palmadas. Entonces dijo: —He aquí que este hijo mío parece haber recobrado el juicio. ¡Y vaya manera de hacerlo! Estás muy lejos de parecerte al joven necio y obstinado que el día de ayer, sentado a la mesa, maldijera al mundo y a todas las cosas que hay en él. ¿Qué es lo que te ha sucedido *ionya*? ¿Qué clase de voluntad ajena a este mundo ha obrado sobre ti en este día?

De pronto Anardil, al escuchar las palabras de su padre, sintió como si su corazón se comprimiera en su pecho, sintió como un temor creciente lo invadía con rapidez, cayendo pesadamente sobre sus pensamientos. De repente, numerosos recuerdos e incontables imágenes de tiempos remotos pasaron volando frente a sus ojos: su niñez, su juventud, sus viajes y sus aventuras en los bosques y en las montañas, los días en los que él y su familia llegaron a la aldea, los días de su infancia en los que su corazón cayó presa de la imagen de una hermosa niña de cabellos grises y ojos verdes que se acercaba hacia él sonriéndole. Entonces recordó la razón por la que Aladarendur sentía rabia y miedo en su corazón, recordó que el amor de su

hermano Aldarendur hacia Nessimë había sido la causa de aquel arrebato de cólera en la mesa el día anterior. Luego, Anardil recordó que él mismo sentía amor por alguien, por aquella niñita de ojos verdes que ahora era su esposa: la imagen de Arwen Tyelperinë no se le apartaba del pensamiento. Entonces sintió como su espíritu se le quebraba por dentro, mientras que un frío lúgubre y mortal se apoderó de todo su cuerpo, como si una daga bien afilada le cortara la carne lentamente. Las manos le comenzaron a temblar. Los ojos se le llenaron de oscuridad y terror. Sentía como si la casa girara a su alrededor a gran velocidad. Miró a su padre y comenzó a tartamudear, como buscando una o dos palabras entre miles que corrían con agitación dentro de su mente. Por fin, aunque con un poco de dificultad, pudo hablar.

—¿Arwen, mi esposa? ¿Dónde está Arwen? —preguntó temeroso—. ¿Han tenido alguna noticia de ella o de su familia?

—¡Ah sí, tu esposa hijo mío! —respondió Eruantano como intentando recordar algo importante que había olvidado. Elenë lo interrumpió.

—¡No estés consternado por causa de tus pensamientos *ionya!*, Arwen está bien. Poco después que tu padre y yo despertamos en la madrugada, ella llegó a nosotros con su padre y un séquito de soldados bien armados montados a caballo. Ven Anardil, hijo mío, siéntate a mi lado para que te pueda contar. —Entonces Elenë tomó a su hijo por los hombros y lo condujo hacia la estancia de la casa. Aldarendur también hizo preguntas acerca de Nessimë a su madre; ella respondió: —Mi bienamado Tauremardo, para ti también tengo noticias, pero no debes temer ya que lo que debo decirte alegrará tu corazón—. Todos entraron en la estancia de la casa y tomaron asiento. Eruantano ocupó un sillón hecho de madera de cedro que él mismo había construido hacía ya mucho tiempo. Elenë juntó tres sillas más y se sentó con sus dos hijos, Anardil a la derecha y Aldarendur a la izquierda. Entonces comenzó a hablar: —Anardil, hijo mío, Arwen tu esposa está bien; no ha sufrido daño alguno. Como recordarás, ella salió hace cuatro días con un caravana rumbo al sur, para visitar a sus padres. Hace dos días, cuando la caravana estaba a mitad de camino, un grupo de 200 ó 300 jinetes la interceptó en el camino; algunos de los jinetes eran elfos, y otros eran señores del antiguo país de la Marca, de Rohan, que venían persiguiendo a un extraño ejército de criaturas nocturnas que tenían algunos meses aterrorizando a varios poblados. —Elenë hizo una pausa, respiró profundamente y prosiguió con el relato. —Para sorpresa de Arwen, el grupo de jinetes elfos estaba comandado por su padre el Rey Alcarcalimo, que se había unido a la persecución

una semana antes. Él tomó a 20 de sus mejores soldados y emprendió el viaje de regreso junto con Arwen hacia acá; el resto de los jinetes y la caravana permanecieron atrás, a un día de distancia. Supongo que llegarán mañana por la mañana si ese ha sido el caso.

—Me parece muy bien *ammë* —dijo Anardil un poco más calmado, aunque agitando las manos velozmente frente al rostro—, pero solo me has dicho en donde había estado, mas no dónde está ahora.

—Cuando tu esposa llegó —continuó Elenë— nos preguntó por ti. Le dijimos que tanto tú como tu hermano habían salido durante la madrugada pero que no sabíamos hacia dónde, aunque suponíamos habían tomado el camino del bosque para ir a cazar pues no encontramos sus arcos ni sus dagas, y además, habían tomado sus ropas de viajes y algunas provisiones. Entonces Alcarcalimo hizo sonar el cuerno tres veces; de inmediato, otros dos cuernos resonaron en las distancia en respuesta. Arwen salió a buscarlos a ti y a tu hermano, junto con su padre y unos cuantos jinetes más. El resto, se esparció por toda la aldea para alertar a los demás.

—Esos fueron los llamados que escuchamos durante la noche Anardil —agregó Aldarendur—, después que salimos del círculo.

—¿De qué círculo estás hablando *ionya*? —pregunto Eruantano.

—Anoche cuando veníamos de regreso encontramos un claro en donde los árboles habían sido talados formando un círculo; era bastante amplio —respondió Anardil.

—¡Qué terrible es esto que me has dicho hijo mío! —dijo Eruantano estremeciéndose—. Uno de los jinetes de Alcarcalimo nos contó que ese ejército de criaturas solía tomar prisioneros de los lugares que asaltaban, y que los conducían a esos círculos y los quemaban vivos. ¡Qué los Poderes nos protejan! Nosotros éramos los próximos.

—¿Y qué hay de mi Nessimë? —se apresuró Aldarendur a preguntar.

Elenë sonrió ante la pregunta de su hijo; con la mano izquierda acarició el rostro de Aldarendur. Entonces dijo: —Para ti también tengo noticias amado Tauremardo Aldarendur. Tu Nessimë, como dices ahora, ha salido con Moriehto su padre a buscarte. Él insistió que ella se quedara aquí ayudando a las demás mujeres, pero ella se negó una y otra vez. Por fin, los dos salieron en sus caballos con tres jinetes más y hasta hora no hemos sabido más nada acerca de ellos; quizá se hayan unido al grupo de Alcarcalimo.

—¿Y qué estamos esperando Aldarendur? Salgamos nosotros también —dijo Anardil.

—¡No, no lo hagan! Esperen aquí —replicó Elenë—. Su padre y yo les prometimos a Arwen y a Nessimë que si ustedes llegaban antes aquí, los retendríamos hasta su regreso. Por favor no salgan: aquí están a salvo. No sabemos si hay más de esas criaturas horribles que ustedes encontraron en el bosque.

—Por esa misma razón queremos salir madre —respondió Aldarendur. Anardil asintió con la cabeza—. Además, en cualquier caso, los Valar nos han ayudado una vez: nada les impediría ayudarnos de nuevo si se lo pedimos.

—Eärendil pidió ayuda a los Señores del Oeste una sola vez —dijo Eruantano—, en nombre de los dos linajes, de las dos familias, de los elfos y de los hombres. Mas ustedes, han pedido ayuda a los Poderes para sí mismos, y ésta se les ha concedido en gran manera, pues ustedes mismos han vuelto a nosotros a diferencia de Eärendil, que jamás volvió a la tierra ni de los mortales ni de los inmortales. No importunen más a los Señores que se sientan en el Oeste, en Valinor; estén contentos con lo que se les ha concedido gratuitamente esta noche, y permanezcan aquí con nosotros, no vaya a suceder que los Valar retiren su gracia y su favor de ustedes. Ya dejen de sentir como sienten los hombres, con deseo y con locura, y que sus corazones abandonen la estupidez. Quédense aquí con nosotros, Anardil y Aldarendur. Miren que no se los estoy diciendo como un padre que exhorta a sus hijos; no. Se los estoy diciendo como el Señor de los elfos grises que ordena a dos de sus soldados. ¿Acaso desobedecerán a su Señor deliberadamente, soldados?

—Está bien padre, ya no digas más: permaneceremos aquí. —respondió Anardil en voz baja haciendo una reverencia con la cabeza. Aldarendur lo miró, pero Anardil levantó su mano derecha indicándole que guardara silencio.

Las horas transcurrieron lenta y pesadamente aquella mañana. El día era gris y pálido. El Sol no daba su luz y ni siquiera el viento soplaba. Poco a poco, todas las familias empezaron a volver a sus hogares. Toda la agitación que llenaba las calles de la aldea durante las primeras horas de la mañana había desaparecido casi por completo. Anardil y Aldarendur salían constantemente a la puerta mirando hacia el camino, esperando que las figuras de unos jinetes aparecieran en el horizonte. Finalmente los dos permanecieron sentados en la acera frente a la casa

Como a eso del mediodía, dos cuernos distintos resonaron en la distancia. Uno era el de Moriehto, el elfo oscuro, y el otro, el de Alcarcalimo, que regresaban de la expedición. Delante de ellos, y de todo el grupo de jinetes, venían a pie dos mujeres. Una era Arwen Tyelperinë, vestida de azul celeste con una capa gris, y un velo de color blanco que le colgaba de un delgado cintillo de plata y diamante que le sostenía los largos cabellos; la otra era Nessimë Losseheri, vestida enteramente de blanco con una delgada corona de oro en forma de cisne. En su mano derecha sostenía una lanza de color negro, símbolo de su casa.

Anardil sonrió ampliamente y se enterneció ante aquella imagen majestuosa y solemne; cedió a las lágrimas. Pronto se incorporó y comenzó a caminar por el camino hacia las dos mujeres, en tanto que Aldarendur permaneció atrás sentado en la acera de la casa con la cabeza gacha. Arwen se adelantó para encontrarse con su amado Anardil, dejando a su compañera a algunos pasos de distancia. Al fin llegó hasta donde su esposo y entonces le dijo con la voz más dulce que pudo encontrar: —*¡A bain hîr nîn!*—. Anardil la besó en la frente y tomó sus manos apretándolas fuertemente contra su pecho y en respuesta, le dijo: —*¡A bain heryn nîn!*—. Entonces, ambos se abrazaron. Nessimë los miraba de soslayo desde la distancia y sonreía para sí. Luego miró directamente a Aldarendur sentado frente a la puerta de la casa y caminó hacia él sin quitarle un ojo de encima. Pronto llegó adonde él estaba. Aldarendur no se atrevió a mirarla ni a decirle nada. Entonces ella habló.

—Aldarendur ¿Por qué no saliste a mi encuentro como lo hizo tu hermano con Arwen? —preguntó Nessimë con la mayor sutileza.

—¿Por qué no salí a tu encuentro Nessimë? ¿Acaso era realmente necesario que lo hiciera? Arwen y mi hermano son marido y mujer; tú y yo no somos más que amigos, si es que en verdad existe la amistad entre nosotros.

—Eso lo sé Aldarendur, pero al menos pudiste ponerte de pie para esperarme; fue lo menos que pudiste hacer. —Nessimë calló por unos instantes; luego habló otra vez suavizando y endulzando la voz lo más que pudo : —Aldarendur, ¡mírame! Aldarendur, por favor, levántate y mírame; te lo pido, te lo ruego: levántate y mírame.

Aldarendur se incorporó lenta y cuidadosamente, siempre mirando hacia el suelo, evitando cualquier contacto con los ojos de Nessimë que estaba frente a él. De pronto, tuvo el deseo de hablar pero se contuvo. Las manos le comenzaron a temblar; pronto el mismo se halló temblando de pies a cabeza.

De nuevo tuvo el deseo de hablar, pero se contuvo una vez más apretando los labios. Los ojos se le aguaron y las lágrimas comenzaron a brotar copiosamente. Sin embargo, Nessimë seguía allí frente a él sin pronunciar palabra alguna. Luego, ella recostó la lanza negra sobre el muro de la casa y con ambas manos, tomó el rostro de Aldarendur y lo dirigió hacia sí misma.

—Te dije, Tauremardo Aldarendur, que te levantas y que me miraras; no que te levantas y no me miraras. Aldarendur, ya no temas más, o por lo menos no temas tú solo, pues yo también temo las mismas cosas que tú: yo también temo no estar en tu corazón, temo que todas las cosas que me has dicho no sean verdaderas, que sean tan sólo un impulso; que sean palabras sin valor alguno.

—¿Qué es todo esto que me estás diciendo Dama Blanca? —preguntó Aldarendur con un dejo de incredulidad—. No entiendo lo que me dices; no entiendo por qué me lo estás diciendo. ¿Acaso mi corazón y mis sentimientos son objeto de burla para ti?

—No Aldarendur, no; Todo lo contrario, no me estoy burlando de ti o de tus sentimientos o de tu corazón. ¿No ves lo que intento decirte? ¿No captas el sentido de mis palabras?

—¿Qué no veo lo que intentas decirme? —replicó Aldarendur—. No quiero que lo intentes; ¡quiero que lo desees, quiero que lo sientas, quiero que lo hagas! Vamos Nessimë Losseheri, hija de Moriehto el elfo oscuro, dímelo, ¡dímelo de una vez por todas o no hables más!, pues tus palabras me hieren; me hieren más que el frío acero de una espada. Dímelo de una vez o no digas más: tus palabras son como cortaduras en mi corazón.

En ese mismo instante, Nessimë sonrió, y comenzó a llorar y a temblar, todo a la vez. Entonces se aproximó a Aldarendur y lo besó tierna y apasionadamente. Luego lo miró a los ojos y le dijo: —“Yo, Nessimë Losseheri, hija de Moriehto el elfo oscuro, te amo y te amaré por todas las edades que dure el mundo, en tanto sea la voluntad de Ilúvatar”—. Entonces calló, y beso a Aldarendur otra vez. Él la miró y cedió a las lágrimas; después dijo: —“Ciertamente en este día, el favor y la gracia de los Valar, aun la bondad de Ilúvatar, me han sonreído para mostrarme la paz y la felicidad; para llenar plenamente mi corazón de paz y de felicidad. Pues hace tan solo unas horas que mi corazón carecía de ambas. Mas ahora el Sol brilla radiante y el bosque me dice a gritos que por fin he encontrado el verdadero amor: un amor más grande que cualquier poder sobre la tierra, porque sé con certeza que tu corazón es noble y genuino, y que tus sentimientos son puros y sin

tacha. Nessimë Losseheri, hija de Moriehto el elfo oscuro, yo, Tauremardo Aldarendur, yo también te amo y te amaré por todas las edades que dure el mundo, en tanto sea la voluntad de Ilúvatar”—. En esta ocasión, fue Aldarendur el que tomó a Nessimë entre sus brazos y la besó tiernamente; entonces cedió una vez más a las lágrimas y lloró sobre su cuello. Todos los que estaban a su alrededor: Elenë, Eruantano, Anardil, Arwen, Moriehto, Alcarcalimo, lo jinetes y los arqueros, los niños y los viejos, los hombres y las mujeres, prorrumpieron en risas, gritos de júbilo y aplausos.

Alcarcalimo y Moriehto hicieron resonar sus cuernos una vez más, celebrando la unión de aquellos dos. Esa misma tarde, durante la puesta del Sol, Nessimë fue dada en matrimonio a Aldarendur, uniendo así a las dos casas: la casa de la Lanza Negra y la casa de los Guerreros Grises. La ceremonia fue oficiada por el mismísimo Eruantano, que como señor de los elfos grises, y padre del novio, fue comisionado para encargarse de todos estos asuntos. Mientras la ceremonia se llevaba a cabo, los lanceros de Moriehto y los arqueros de Eruantano, flanqueaban a los novios, en tanto que dos jinetes, uno de cada clan, ubicados cada uno al lado derecho y al lado izquierdo del altar, correspondiéndose con la ubicación de los novios, enarbolaban los estandartes de la casa de Moriehto y la casa de Eruantano.

Como era de esperarse, el baile, el canto y la celebración se extendieron hasta bien entrada la noche, casi hasta la hora del alba; también las leyendas, los mitos, las fábulas, los relatos, los cuentos y las historias, nuevas y viejas, de gloria y de desventura, figuraron en la conversación de todos los invitados durante toda la velada; así, de alguna manera, el espíritu alegre, ameno, cortés y caluroso que caracterizara a los medianos que alguna vez habitaran en estos parajes, se manifestó más vivo que nunca en el corazón de cada uno de los asistentes. Tampoco faltó la buena comida, pues las mujeres de la aldea, en especial Elenë, prepararon un banquete succulento y abundante con toda suerte de manjares y exquisiteces, dignas de los reyes y príncipes de antaño. Asimismo, no faltó el buen vino tinto y el miruvorë. Aquella maravillosa y magnífica celebración marcó el final del otoño y la llegada del invierno a la Tierra Media.

Los días transcurrieron, cada vez más fríos y más grises, pálidos e indiferentes, y sin embargo, el corazón de los elfos, y de todos aquellos que habitaban como forasteros en sus tierras, se mantenían cálidos y bondadosos, repletos de alegría y llenos de esperanza. Asimismo, pasaron las semanas y los meses, uno a uno, lentamente como suele suceder a los ojos de los

elfos. Pronto el invierno quedó en el olvido y la primavera irrumpió en la tierra, fragante y esplendorosa, renovando todas las cosas, trayendo consigo la fuerza, la energía y el vigor de la naturaleza, como una canción nueva y hermosa acabada de componer, como una melodía armoniosa y fascinante a los oídos expertos de los sabios y los maestros. Así también transcurrieron los años tranquila y sosegadamente, uno a uno, incontables, dejando pasar, sin obstáculo alguno, las secuencia interminable de inviernos, primaveras, veranos y otoños, trayendo consigo tiempos cada vez mejores, y un nuevo amanecer para todos los elfos que aún moraban en la Tierra Media y que estaban decididos a no abandonarla jamás, en tanto las circunstancias se los permitiera; en tanto la gracia de los Valar y la voluntad de Ilúvatar lo permitieran.

Ahora la casa de Elenë y Eruantano estaba llena de vida y de alegría, porque ahora, además de dos hijos excelentes y maravillosos, la casa había sido bendecida con dos hijas, con dos princesas excepcionalmente hermosas, pues en adelante no se encontró en toda la región a mujer alguna que fuese más hermosa que Arwen Tyelperinë o que Nessimë Losseheri. De hecho se decía, que tanto una como la otra habían sido tocadas con la magia, la hermosura y la delicadeza de Lúthien la Bella.

Por su parte, Anardil y Aldarendur se convirtieron en más que hermanos: se convirtieron en los mejores amigos que pudieran existir sobre la Tierra Media, o algún otro rincón de Arda. Ninguno iba a ningún lugar sin el otro. Sin importar lo largo del viaje o el destino del mismo, sin importar que se tratara de ir a explorar las montañas, o a recorrer el bosque, o a navegar por el ancho mar, Anardil y Aldarendur iban juntos siempre. Una tarde de primavera, fragante y cálida en sus tratos y atenciones con los vivos, de vuelta en la casa de la aldea, los dos hermanos se encontraban sentados a la sombra del viejo cedro que estaba en el jardín, mientras tocaban el arpa y la flauta y canturreaban viejas canciones, en una lengua élfica y en otra, cuando de pronto, escucharon un tumulto entre las ramas y dos pichoncitos cayeron sobre sus cabezas.

—¿Pero qué es esto? —preguntó Aldarendur un tanto desorientado—. ¡Ah!, pero si son una par de pajaritos que han caído del árbol. ¿En dónde estará el nido?

—Está allá Aldarendur —respondió Anardil de inmediato—. Es aquel donde esta aquella pajarita aleteando alegremente —dijo señalando con el dedo el lugar en donde se encontraba el nido.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro? No es el único nido que hay en el árbol.

—Digamos que la madre de estos pequeños traviesos y yo somos viejos amigos —dijo Anardil sonriendo—. Digamos que las historias se empeñan en repetirse una y otra vez —dijo, pero esta vez, como si estuviera hablando consigo mismo.

—Bueno, en ese caso supongo que tú querrás devolver los pichoncitos a su madre.

—¿Y desde cuándo no eres partícipe conmigo en mis aventuras, hermano mío? ¿O acaso le tienes miedo a las alturas Tauremardo Aldarendur? ¿O ya no te gusta treparte en los árboles? —le preguntó Anardil a su hermano con un dejo de burla y guiñando un ojo.

—¡Miedo a las alturas! ¿Yo? ¡En el nombre de Elentári, la Reina de las Estrellas! —respondió Aldarendur dejando escapar una carcajada—. Que primero las grandes águilas del norte pierdan la habilidad de volar; *inyë*, Tauremardo Aldarendur, jamás le tendré miedo a las alturas; ¡Y mucho menos dejaré de treparme en los árboles! —concluyó solemnemente.

Entonces cada uno de ellos tomó a uno de los pichoncitos y se treparon en el árbol, donde permanecieron largo rato hablando el uno con el otro, después de haber devuelto los pequeñuelos a su madre, que como siempre, comenzó a cantar alegremente una hermosa melodía en señal de agradecimiento mientras sacudía las alas.

—Y qué piensas ahora amado hermano —preguntó Aldarendur—. ¿Acaso anhelas tener nuevas aventuras? O al menos, otro tipo de aventuras; no sé, algo distinto a ir de cacería o navegar.

—No, no es eso hermano mío; solamente me pregunto si en verdad sobreviviremos a todas las edades del mundo en tanto este dure —suspiró Anardil lleno de dudas e incertidumbre—. No lo sé; a veces pienso que nosotros, y cualquier otro ser vivo que camine o se arrastre sobre la tierra, desapareceremos mucho antes de que el fin del mundo y el fin de los tiempos lleguen. Y así —continuó Anardil con un aire de tristeza y melancolía— todas nuestras historias y nuestras aventuras y desventuras habrán sido en vano, pues no habrá nadie que las cuente y que las escuche.

—Creo que no deberías preocuparte por eso —respondió Aldarendur sonriéndole a su hermano—, es decir, no deberías preocuparte por lo que será o dejará de ser después del fin, puesto que después del fin, solamente Ilúvatar

tiene potestad de saber lo que pasará; ni siquiera los Valar saben con certeza que sucederá con ellos mismos cuando llegue el fin. Así que, ¿qué otra cosa te queda *Amigo del Sol*? Deja que ellos se ocupen de tan magníficos asuntos; mientras tanto, ocúpate tú de las cosas que nos atañen a nosotros los encarnados. Además, somos elfos: nuestro destino es esperar.

—¿Así lo crees Aldarendur? Ahora soy yo el que te pide concejos, a pesar de que he visto muchos más atardeceres que tú.

—Pues sí; fíjate que sí lo creo —respondió Aldarendur con voz queda, satisfecho con su respuesta—. Además, sin importar cuánto tiempo pase antes de que llegue el fin, te puedo asegurar, que serán muchos los que cantarán y escribirán acerca de nuestras hazañas, y que nuestros nombres sobrevivirán las edades de la tierra, y las generaciones de los elfos y de los hombres, sin importar el número de estas; y que no habrá fiesta, celebración o reunión en la que no se nos mencione. Y aunque hayamos partido antes de que llegue el fin, así como tú te empeñas en decir, en el tiempo que reste antes del fin, seguiremos viviendo en los pensamientos y en los corazones de todos aquellos que nos recuerden, ya sea con amor o con desdén. ¿Quieres saber algo más mi bienamado Anardil? Me atrevo a decir que algún día, dentro de muchas edades del mundo y generaciones de los mortales e inmortales, habrá alguien con tu nombre que escribirá acerca de ti y de mí.

Entonces los ojos de Anardil se agrandaron anchamente por causa del asombro que lo invadía en aquel instante. —¿Quieres decir que un Vinyacardo, dentro de muchos años, escribirá acerca de mí y de ti, y de nuestras hazañas y aventuras? —preguntó el elfo a su hermano, aún con cierto aire de escepticismo e incredulidad en la voz y en el rostro; especialmente en el rostro.

—Pues sí, a eso me refiero —respondió Aldarendur una vez más.

Y así, los dos hermanos, Anardil y Aldarendur, *El Amigo del Sol* y *El que Ama los Árboles*, siguieron compartiendo aventuras a través de largas edades, tal y como se les recordó sobre la Tierra Media, en tanto el Mundo duró según la voluntad de Ilúvatar, *El Padre de Todas las Cosas*.



Apéndices

I Quenta Ession: La Historia de los Nombres.

Todos los nombres utilizados durante el desarrollo de la narrativa de esta historia han sido traducidos a la lengua élfica conocida como *quenya*. Algunos nombres han sido tomados de la vida real, en tanto que otros más han sido inventados por mí para la historia. Sólo dos nombres femeninos escapan a esto: Arwen y Lúthien, que han sido tomados de “El Señor de los Anillos” y “El Silmarillion”, respectivamente. Arwen, hija de Elrond de Rivendel, y Lúthien, hija del Rey Thingol de Doriath, entre los personajes élficos femeninos, son mis favoritas.

A continuación, se da una lista de los nombres y sobrenombres utilizados, así como una breve explicación de los mismos.

- **Alcarcalimo** Roberto (m.), forma castellanizada del nombre *Robert*, del germánico antiguo ‘*fama+brillo*’.
- **Aldarendur** ‘*El que Ama los Árboles*’, **aldar** ‘*árboles*’ más el sufijo **-(n)dur**. Se coloca una **e** intermedia ya que el grupo **rnd** no existe en *quenya*. Otra posibilidad hubiese sido **Aldardur**.
- **Anardil** ‘*El Amigo del Sol*’, **Anar** ‘*Sol*’ más el sufijo **-(n)dil**⁴.
- **Elenë** Esther (f.), probablemente del persa ‘*estrella*’.
- **Eruantano** José (m.), forma castellanizada del nombre *Josifías*, del hebreo ‘*Dios ha añadido*’, ‘*Dios ha dado*’.
- **Failë** Justina (f.), forma femenina del nombre *Justino*, del latín ‘*justo*’.
- **Laure-ohtar** ‘*Guerrero Dorado*’, **laurëa** ‘*dorado*’ más **ohtar** ‘*guerrero*’ más la terminación **-o**, muy común en los nombres élficos masculinos.
- **Losseheri** ‘*Dama Blanca*’, **lossë** ‘*blanco*’ más **heri** ‘*dama*’.

⁴Los sufijos para nombres propios masculinos **-(n)dur** y **-(n)dil**, utilizados en **Aldarendur** y **Anardil** respectivamente, suelen denotar devoción o amor desinteresado hacia algo o alguien.

- **Moriehto** ‘Lanza Negra’, **morë** ‘negro’ cambia a **mori** en nombres compuestos, más **ehtë** ‘lanza’, donde la **e** final se sustituye por **o**, muy común en los nombres élficos masculinos.
- **Nessimë** Julia (f.), forma femenina del nombre *Julio*, probablemente del latín ‘*juventud*’.
- **Tauremardo** Silvano (m.), del latín ‘*morador del bosque*’.
- **Tyelperinë** del adjetivo **tyelperina** ‘*de plata*’, ‘*plateado*’, donde la **a** final se sustituye por **e**, muy común en los nombres élficos femeninos.
- **Vinyacardo** Javier (m.), del vasco ‘*casa nueva*’. El primero en portar este nombre fue el fraile Francisco Javier.

Finalmente, está el nombre del personaje malvado de la historia: Lhârzog. En particular, este nombre carece completamente de significado y su grafía se debe, fundamentalmente, a una cuestión de gusto de mi parte. ¿En qué sentido es una cuestión de gusto? En el sentido de que dicho nombre ha sido confeccionado para verse y oírse mal, imitando el estilo de los nombres Gorbag, Grishnak y Shagrat, todos pertenecientes a personajes orcos de “El Señor de los Anillos”. Asimismo, quise que el nombre Lhârzog recordara de alguna manera la grafía de la *lengua negra*, la misma con la que se inscribió el Anillo Único, y de la cual se conoce muy poco salvo unos cuantos escritos además de la Inscripción del Anillo.

I Quettar Eldarinen: Las Palabras en Élfico.

A lo largo de toda la narrativa, diversos personajes de raza élfica, como por ejemplo, Anardil y Aldarendur, pronuncian frases en lenguaje élfico, ya sea en *quenya* (la lengua de los altos elfos) o en *sindarin* (la lengua de los elfos grises). Estas, el *quenya* y el *sindarin*, fueron las lenguas élficas en las que el profesor J. R. R. Tolkien trabajó más ampliamente durante su vida. Como podrá observar el lector, la mayoría de las frases están en *quenya*, en tanto que las frases en *sindarin* son relativamente pocas (seis para ser exacto). Esto se debe fundamentalmente a que estoy más familiarizado con el primer lenguaje que con el segundo. Quizás en una próxima oportunidad (cuando haya estudiado un poco más), utilice más frases en *sindarin*.

Frases en *quenya*.

1. ***Ammë.***
'Mamá.'
2. ***Atto.***
'Papá.'
3. ***Atarinya.***
'Padre mío.'
4. ***Ionya.***
'Hijo.'
5. ***¡Ai ionya!***
'¡Ay hijo mío!'
6. ***¡Á tulë; hilya nyë!***
'¡Ven; sígueme!'
7. ***Inyë.***
'Yo.'
8. ***¡Ai Namárië, namárië meldo Anar! Encenuvanyel i vinya auressë.***
'¡Ay adiós, adiós amigo Sol! Mañana te veré.'

9. **¡Á lasta nin toroninya!**
‘Escúchame hermano mío!’
10. **¡Á laita essë Eruva. Á laita Ilúvatar; atarelva i or ilyë atari eä tennoio!**
‘Alabado sea el nombre de Dios. Alabado sea El Padre; nuestro padre que está por encima de todos los padres por siempre!’
11. **A Anardil. Ilúvatar alastië quettalyar: ohtaryar utúlier mahtien len.**
‘Oh Anardil. El Padre ha escuchado tus palabras: sus guerreros han venido a combatir por ti.’
12. **¡Ela! Sí qualmë tulë i lómessë írë mornië lanta i lúmena manarinyo. ¡Ai! an cotumonyar mahtëar nyë ar mahtëanyë të. ¿Ma inyë hiruva i tië imbë cuilë ar qualmë? ¿Man varyuva nyë sina lúmena? A Elentári, á linda sí lírë nin. A Ilúvatar herunya, á lasta ómánya. A Ilúvatar herunya: inyë lyë-méla; elyë ná er estelinya. Nai Atarinya, i eä or ilyë atari, tiruva nyë.**
‘Mira! La muerte viene ahora en la noche cuando la oscuridad cae en la hora de mi destino. ¡Ay! Pues mis enemigos me combaten y yo los combato. ¿Acaso yo, aun yo, encontraré el camino entre la vida y la muerte? ¿Quién me protegerá en esta hora? Oh Reina de las Estrellas, canta ahora una canción por mí. Oh Padre mi señor, escucha mi voz. Oh Padre mi señor: yo te amo; tú eres mi única esperanza. Quizá Mi Padre, que está por encima de todos los padres, me proteja.’
13. **Sí fëanya uryëa ve nár Anaro. Súyëanyë i vista. Hláran lassi i aldaron lindië súrinen. Cenin i elenion ar Isilo cala: sílantë ve Silmarilli. Mahtuvanyë cotumonyar; inyë mahtuva të ilyë. Cuina termaruvanyë; úvanyë firë sinomë.**
‘Mi espíritu arde con el fuego del Sol. Respiro el aire. Escucho las hojas de los árboles cantar en el viento. Veo la luz de las estrellas y de la Luna: brillan como los Silmarils. Yo combatiré a mis enemigos; yo, aun yo, los combatiré a todos. Vivo permaneceré; no moriré en este lugar.’
14. **Tenna i lúmë enomentielvo Laurë-ohtaro.**
‘Hasta la hora de nuestro reencuentro Guerrero Dorado.’

Frases en *sindarin*.

1. ***¡A bain hâr nîn!***
‘¡Ah mi hermoso señor!’
2. ***¡A bain heryn nîn!***
‘¡Ah mi hermosa dama!’
3. ***¡A Elbereth Gilthoniel!***
‘¡Ah Elbereth Hacedora de Estrellas!’
4. ***¡A tiro nin Fanuilo!***
‘¡Ah, protégeme Siempre Blanca!’
5. ***¡Daro, daro!***
‘¡Alto, alto!’
6. ***Cuiathon, bronathon, bronathon. ¡Hain maethathon!***
‘Yo viviré, yo perduraré, yo sobreviviré. ¡Yo los combatiré a todos!’